

**HelpAge
International**

*personas mayores
protagonistas*

Los adultos mayores en el mundo del trabajo urbano



Los adultos mayores en el mundo del trabajo urbano

Silvia Escóbar de Pabón



Publicación de HelpAge International en alianza con el Centro de Estudios para el Desarrollo Laboral y Agrario (CEDLA).

Los adultos mayores en el mundo del trabajo urbano

Silvia Escóbar de Pabón

Primera edición: junio de 2012

Registro de caridad número 288180

Coordinación:
HelpAge International

Fotografías:
Sebastián Ormachea
Susana Téllez
Lisett Larico

Edición: Fernando Molina
Diseño y diagramación: www.salinasanchez.com
Impresión: Edobol Ltda.

Impreso en Bolivia

Índice

- 7** **Introducción**
- 9** **1. Envejecimiento y trabajo**
- 13** **2. Contexto demográfico y laboral**
 - 2.1. Características sociodemográficas de los adultos mayores
 - 2.2. Situación del mercado de trabajo urbano
- 19** **3. Los adultos mayores frente a la actividad económica**
 - 3.1. Participación en la actividad económica
 - 3.2. Desempleo e inactividad
 - 3.3. Fuentes de ingreso
- 31** **4. Trabajo y condiciones laborales**
 - 4.1. Formas de inserción laboral
 - 4.2. Condiciones laborales
- 67** **5. Valoración del trabajo en la edad adulta mayor**
- 75** **6. El trabajo doméstico no remunerado**
- 81** **7. El núcleo familiar: solidaridad y reciprocidad**
- 89** **8. Conclusiones**

Introducción

La relación entre el envejecimiento y la actividad laboral es un tema que ha sido poco estudiado en Bolivia, y también en otros países de la región. Las tendencias demográficas que emergen del aumento de la esperanza de vida han llevado a la extensión de la edad máxima de trabajar para un porcentaje cada vez mayor de trabajadores. Más todavía cuando la cobertura de los sistemas de protección social es limitada o su calidad es insuficiente y no asegura la subsistencia de los asegurados.

Estos cambios plantean la necesidad de lograr un mejor conocimiento de esta realidad. Tanto para determinar la magnitud y características de la incorporación de los adultos mayores al mundo del trabajo, como para avanzar en la comprensión de las condiciones económicas y sociales en las que se encuentra este grupo de la población.

Si bien se considera como parte de éste a las personas de 60 años y más, se incluye en el presente análisis a la cohorte de edades en transición a la vejez (45 a 59 años), tanto para examinar los efectos de las nuevas condiciones de funcionamiento del mercado laboral sobre distintas generaciones de trabajadores, como para identificar las nuevas tensiones que se derivarán, en un futuro próximo, del avance de la desprotección social en el país.

Este análisis está circunscrito al ámbito urbano, y específicamente a las principales ciudades del país: La Paz, Cochabamba, Santa Cruz y El Alto, en las que vive el 80% de la población de las ciudades capitales de departamento. Hace referencia a un sólo momento, el año 2010; pese a ello, se ha buscado retratar los procesos estructurales que marcan la vida laboral de los adultos mayores y las formas en las cuáles se proyectan en la vejez, en comparación con otros grupos de edad y en el contexto más amplio del funcionamiento del mercado de trabajo en las últimas décadas.

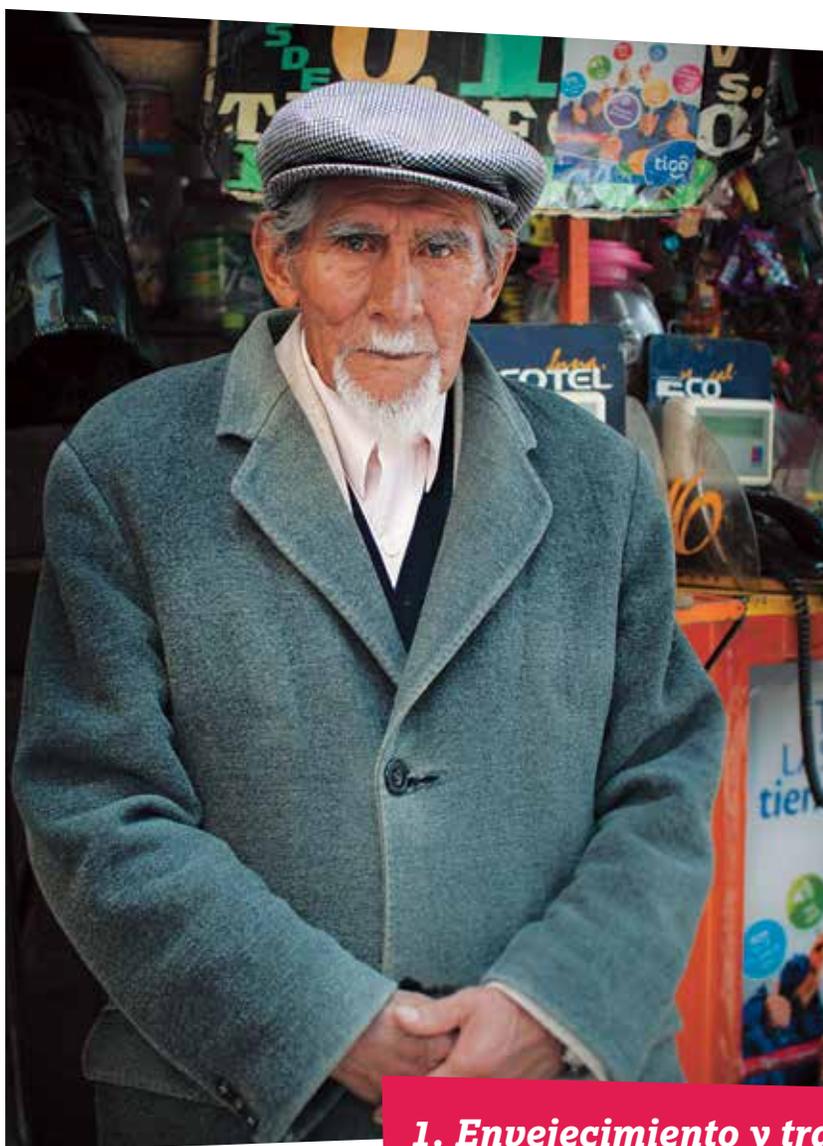
Luego de una breve referencia conceptual que sirve para abordar el tema y de la descripción a grandes rasgos del contexto demográfico y laboral, el documento presenta en forma integral y detallada la situación laboral de los adultos mayores, buscando responder a, entre otras, las siguientes preguntas: ¿Cuál es la importancia de su participación en la actividad económica y cuáles son las principales determinaciones de ésta? ¿Cómo ha evolucionado con el tiempo en comparación con la de las personas de otros grupos de edades? ¿Cuál es el nivel de desempleo? ¿Cuáles son las formas de incorporación en el mundo del trabajo? ¿Cuáles son las condi-

ciones laborales y cómo afectan a la calidad de vida de este segmento poblacional? Además del trabajo mercantil de los adultos mayores, ¿cuál es el rol de éstos en el trabajo doméstico no remunerado y su aporte a la reproducción de la fuerza de trabajo familiar? ¿Cuál es el papel del trabajo –remunerado y no remunerado– para enfrentar la pobreza en la tercera edad?

Para responder a estas preguntas se ha recurrido a técnicas cuantitativas y cualitativas. La fuente principal de datos estadísticos es la Encuesta Urbana de Empleo (ECEDLA), realizada por el Centro de Estudios para el Desarrollo Laboral y Agrario entre junio y julio de 2010 en las ciudades del eje (La Paz, Cochabamba, Santa Cruz y El Alto), complementada con información que proviene de las encuestas de hogares del INE, para el análisis de algunas tendencias. Los márgenes de error para el subconjunto de personas adultas mayores en la muestra son o es de ± 8 .

Adicionalmente, se realizaron 16 entrevistas en profundidad para conocer las trayectorias laborales y la opinión de los adultos mayores sobre el trabajo en la vejez, así como la forma que adoptan los arreglos familiares y las relaciones de solidaridad y reciprocidad inter-generacionales, los cuales sirven para asegurar el bienestar de las personas mayores y, en general, la reproducción material y social de la fuerza de trabajo.

Esperamos que este nuevo aporte de HelpAge y CEDLA contribuya a impulsar un amplio debate sobre este tema, de particular relevancia para el bienestar actual y futuro de los trabajadores; a su incorporación en la agenda pública y a su consideración como una cuestión prioritaria para las políticas públicas.



1. Envejecimiento y trabajo

Este documento tiene un enfoque conocido como “economía política de la vejez”, cuya tesis central plantea que la vejez es más una construcción social que un fenómeno psico-biológico y, por tanto, son los condicionantes sociales, económicos y políticos los que determinan y conforman la vida de las personas mayores (Rodríguez, 1995). La vejez, como una condición socialmente construida, presenta rasgos específicos según la división del trabajo y la estructura de desigualdad existente en diferentes momentos históricos de la sociedad (Aranibar, 2001); en esta perspectiva, “la vejez no será sino lo que quiera que sea la sociedad que la crea” (Pérez Ortiz, 1997, p. 97).

Para este enfoque, los factores estructurales –como la clase social, el género, la etnia o la generación– determinan las características sociales e históricas de las personas que integran cada grupo de edades. De este modo, puede considerarse las características comunes de los adultos mayores y cualquier otro grupo de edad, así como sus especificidades propias (Pérez Ortiz, 1997).

La opción de colocar en primer plano la dimensión estructural –y por tanto política– del tema, no significa dejar de lado las manifestaciones concretas del envejecimiento en las personas de distintos grupos sociales, y a sus posibles cambios en el tiempo; también se estudia las formas individuales o colectivas en las que los adultos mayores enfrentan a los factores estructurales que determinan su calidad de vida.

Como en la juventud, en la tercera edad las personas conforman grupos sociales

heterogéneos, diferenciados por su posición socioeconómica, de clase o sexual. Para estudiar esta heterogeneidad se necesita analizar la participación de este grupo etario en la actividad económica, sus formas de inserción laboral, los ingresos que genera y las condiciones generales en las que trabaja, así como la relación que hay entre su permanencia en el mundo laboral y su acceso al sistema previsional.

Por otra parte, dado que la mayoría de los adultos mayores vive en hogares compuestos (multi-generacionales), cuando éstos no aportan ingresos –y aún cuando lo hacen–, una parte de las tareas domésticas y las funciones de cuidado recae sobre ellos, en particular si son mujeres.

Esta forma de trabajo no responde a una lógica mercantil, pero asegura la subsistencia propia y, generalmente, la de otros miembros de la familia. Además, puesto que, asignándoles la responsabilidad del trabajo doméstico, se pone a las mujeres en un lugar económico subordinado, es imprescindible visibilizar su contribución a la reproducción de la fuerza de trabajo y, por tanto, a la acumulación de capital, también en la tercera edad.

Además de indagar sobre el papel de los adultos mayores en la generación activa de ingresos laborales, es pertinente considerar los otros recursos de los que disponen para cubrir sus gastos de subsistencia, tales como jubilaciones o rentas de vejez, pensiones no contributivas y otros ingresos no laborales (transferencias, remesas, alquileres, etc.) También hay que examinar los roles que cumplen dentro de las redes familiares, para cuestionar la imagen am-

pliamente difundida que los pinta como económicamente dependientes.

La hipótesis que aquí se plantea es que, con un sistema previsional de limitada cobertura, los ingresos que provienen del trabajo, así como el trabajo doméstico no

remunerado, siguen teniendo un papel central en el bienestar o en la vulnerabilidad de las personas mayores. Este papel puede ser atenuado por los arreglos familiares basados en la solidaridad y reciprocidad, los cuales aseguran la reproducción material y social de la fuerza de trabajo.

2. Contexto demográfico y laboral



2.1. Características socio-demográficas de los adultos mayores

El envejecimiento de la población es uno de los fenómenos demográficos más importantes de la época; según la CEPAL, el nivel de envejecimiento que Europa logró en dos siglos lo alcanzará América Latina en apenas cincuenta años, a causa del cambio acelerado de su fecundidad y mortalidad (CEPAL, 2001). Esta tendencia también se presenta en Bolivia, donde las personas de 60 años aumentan a un ritmo mayor que la población en su conjunto. Comparado con el de otros países de América Latina, este crecimiento es relativamente pausado, lo que lleva a considerar al país como uno de envejecimiento demográfico moderado (Bertranou, 2006, p. 15). El censo de 2001 señala que este año los adultos mayores representaban el 7% de la población; se estima que su peso aumentará a 8,9% en 2025 y a 16,4% en 2050 (CELADE, 2002).

En 2010, en las ciudades del eje (La Paz-El Alto, Cochabamba y Santa Cruz), los adultos mayores formaban el 7,5% de la población,¹ el 6,8% de los hombres y el 8,1% de las mujeres. La población de las edades de transición a la vejez (45-59 años) es notablemente más elevada: 13,6%. Esto indica que necesariamente habrá un aumento de la proporción de personas de 60 años y más en un plazo relativamente corto.²

Las mujeres tienen mayores probabilidades de llegar a las edades más avanzadas. En el proceso de envejecimiento, el índice de masculinidad se reduce progresivamente, hasta llegar, a partir de los 60 años, a 76,4 hombres por cada 100 mujeres. En un elevado porcentaje, tanto los hombres como las mujeres forman parte de hogares nucleares con hijos u “hogares compuestos” (multi-generacionales), y la jefatura recae generalmente sobre los adultos mayores; en primer lugar en los hombres –independientemente de su rol económico en el hogar– y, en caso de ausencia, en las mujeres, lo que ocurre con frecuencia a los 70 años o más. Este hecho indica la reproducción cultural de las redes familiares de apoyo a los adultos mayores, y viceversa, lo que en buena parte explica la subsistencia de las familias.

Por último, la información disponible indica que se trata de una población con bajos niveles de escolaridad promedio (5,5 años), menos de la mitad del promedio general; esto indica que tuvo un acceso menor al sistema educativo que las nuevas generaciones. La discriminación a las mujeres se traduce en una brecha de 1,4 años de estudio entre el máximo nivel logrado por ellas y el alcanzado por los hombres. Está apenas por encima de la del conjunto de la población y la de las edades en transición, lo que indica que las concepciones asociadas con el género siguen actuando igual que en tiempos pasados, tanto cuando se trata de educación, como, lo veremos luego, de trabajo (cuadro 1).

1 Estimaciones de la ECEDLA 2010, sobre la base de las proyecciones del Instituto Nacional de Estadística.

2 Una reciente publicación del INE señala un descenso (respecto a 2001) de la población de 60 años o más en las proyecciones realizadas para 2009; se necesita revisar estas estimaciones para conocer la verdadera magnitud de este grupo de la población (INE, 2009).

Cuadro 1

Ciudades del eje: Indicadores socio-demográficos de la población y de las personas adultas mayores (PAM) por sexo (%), 2010

Grupos edad	Total	Hombre	Mujer	IM(H/M)
TOTAL	100	100	100	0,91
menos 45	79,0	80,0	78,0	0,93
45-49	56	5,5	5,7	0,87
50-59	8,0	7,7	8,2	0,86
60-69	4,5	4,2	4,8	0,80
70 y más	3,0	2,6	3,4	0,71
Transición a PAM	13,6	13,2	13,9	0,86
PAM	7,5	6,8	8,1	0,76
Jefatura Hogar	24,9	43,6	7,9	5,1
Transición a PAM	53,2	93,0	18,4	4,3
PAM	55,3	89,5	29,4	2,3
Años estudio prom.	11,5	12,4	11,2	1,1
Transición a PAM	9,3	11,0	8,5	1,3
PAM	5,5	7,0	5,0	1,4

IM= Índice de maculinidad

Fuente: ECEDLA , 2010. Elaboración propia.

2.2. Situación del mercado de trabajo urbano

Los estudios realizados en diferentes países de la región y en Bolivia muestran que el trabajo en cualquiera de sus formas es la principal fuente de ingresos para más del

70% de los hogares (CEPAL, 2000); al mismo tiempo, la vulnerabilidad de éste lo convierte en la principal fuente de incertidumbre para la población.

Desde 2004, Bolivia ingresó a un nuevo ciclo de recuperación del crecimiento económico (en promedio un 4% anual), asentado básicamente en la dinámica de las activida-

des primario-exportadoras (hidrocarburos, minería) y la producción agroindustrial.³ Esta nueva fase de expansión del producto no estuvo acompañada de una ampliación, diversificación o mejora de la capacidad productiva, que pudiera impulsar la demanda de empleo y mejorar la calidad de los puestos de trabajo. En 2010, el 63% de la fuerza laboral urbana todavía se desempeñaba en un puesto de trabajo no calificado, lo que muestra el atraso tecnológico de la base productiva.

Todo esto significa que, en ausencia de políticas públicas y decisiones empresariales a favor de la inversión y la producción con mayor valor agregado, en este tiempo se profundizaron las trabas estructurales que impiden elevar la productividad y generar más y mejores empleos. Por esto Bolivia sigue sufriendo de elevados niveles de desempleo, subempleo y precariedad laboral, y esto afecta las condiciones de vida de gran parte de los trabajadores de las ciudades y el campo.

En las ciudades del eje, el desempleo abierto en 2010 fue de 8,8% -7,9% entre los hombres y 9,9% entre las mujeres-, una cifra cercana a la observada durante el ciclo económico recesivo de los primeros años de la década. La composición del desempleo y su prolongada duración expresan las enormes dificultades que tienen los cesantes y las personas que buscan entrar por primera vez en la actividad económica para acceder a un empleo acorde con sus calificaciones y experiencia. El desempleo afec-

ta más a los jóvenes con mayores niveles educativos y, en particular, a las mujeres. También a los grupos socioeconómicos más desfavorecidos de la sociedad, lo que agrava su empobrecimiento.

En estos años también continuó creciendo el subempleo -por insuficiencia de horas trabajadas o de ingresos-, un fenómeno reforzado por la continuidad de las políticas y prácticas de flexibilidad laboral. En 2010, cerca del 15% de los ocupados trabajaba a tiempo parcial y el 60% percibía ingresos inferiores al costo de la Canasta Normativa Alimentaria;⁴ el trabajo temporal llegaba a 48% y se habían ampliado otras modalidades de contratación sin derechos laborales (subcontratación y trabajo a domicilio). Los salarios bajos⁵ y la mayor incertidumbre en el empleo habían afectado drásticamente la capacidad de consumo de la mayor parte de los hogares y, por esa vía, causaron un fuerte deterioro de los ingresos medios y otras condiciones laborales de los trabajadores independientes.

En este contexto, se consolidó una estructura ocupacional fuertemente asentada (65%) en las actividades terciarias: comercio y servicios tradicionales (educación, salud, finanzas y servicios personales diversos), y en el llamado sector informal urbano, que ocupa al 63% de los trabajadores (39% en el sector familiar y 24% en el sector semi-empresarial). Mientras tanto, la participación en el empleo de los sectores empresarial (24%) y estatal (9,8%) no despegó, aunque registrara algunas variaciones anuales.⁶

3 *Entre 1999 y 2003 la economía boliviana tuvo un crecimiento bajo e inestable por efecto de factores internos y externos vinculados con la caída de la demanda agregada y el impacto de la crisis internacional desencadenada en 1998; al respecto puede consultarse a Escóbar, 2003: pp 225-229 y Escóbar, 2009: pp 3-11*

4 *Comprende los alimentos que permiten satisfacer las necesidades energéticas y de nutrientes a una familia tipo (de 5 miembros). Representa el 39% del valor de la Canasta Básica Familiar.*

5 *El 2010 el salario mínimo y el salario promedio en Bolivia eran los más bajos entre 10 países de la región (CEDLA, 2010).*

6 *Considerando como criterios de segmentación a la propiedad de los medios de producción, la disociación entre trabajo y capital y la existencia o no de relaciones salariales, se identifican al menos cuatro formas organizativas en el aparato*

Por tanto, en 2010 la precarización de las condiciones laborales (índice de precariedad laboral)⁷ se había generalizado a todos los sectores del mercado de trabajo, y afectaba tanto a los hombres como a las mujeres, aunque reproduciendo, en el “fondo del pozo”, las brechas estructurales de género. Solamente el 17,6% de los ocupados en las ciudades del eje tenía un trabajo estable, adecuadamente remunerado⁸ y socialmente protegido (cobertura previsional), el 34,3% tenía un trabajo precario moderado (déficit en alguna de las condiciones) y un abrumador 48,1% tenía un trabajo precario extremo (déficit en las tres condiciones). Con el avance de la precariedad laboral en el sector empresarial, e incluso en el sector estatal, era imposible asociar trabajos de calidad con el sector formal y trabajos precarios con el sector informal (Escóbar, 2009).

Lo que interesa destacar, sin embargo, es que la pérdida creciente de la calidad del tra-

bajo responde a una lógica de acumulación de capital, asentada en la sobreexplotación directa e indirecta de la fuerza de trabajo, y se sintetiza en la distribución desigual del ingreso generado en la producción: la parte del ingreso que queda en manos de los trabajadores se redujo desde inicios de la década, cuando fue de 35%, hasta 24% en 2008, mientras el excedente o ganancia de la que se apropian los capitalistas se elevó del 49% al 55% (INE, 2009). Éste es un resultado de la correlación de fuerzas, adversa a los trabajadores, a causa del debilitamiento de las organizaciones sindicales, el aumento de la oferta de fuerza de trabajo y la orientación de las políticas públicas en contra del ejercicio de los derechos laborales.

Por supuesto, la vulnerabilidad social del mundo del trabajo se manifiesta en un mayor empobrecimiento de la población, lo que obliga a los adultos mayores a trabajar hasta edades avanzadas para garantizar su subsistencia individual y familiar.

productivo y el mercado de trabajo: estatal, empresarial, semi-empresarial y familiar. Por sus características tecnológicas y de organización del trabajo, los sectores estatal y empresarial pueden asimilarse a la noción “sector moderno o formal”; en tanto que, por los mismos factores, las formas semi-empresariales (en las que no existe disociación entre propietarios del capital y del trabajo, es decir, el titular es también un trabajador directo) y el sector familiar que no tiene relaciones salariales (cuenta propistas que trabajan solos o con apoyo de otros miembros del hogar), pueden asimilarse al llamado “sector informal”. Las actividades de servicio doméstico que se realizan en hogares ajenos son consideradas como un segmento específico del mercado de trabajo (Escóbar, 2003).

7 *Este índice ha sido construido por los investigadores del CEDLA a partir de tres variables que remiten a las condiciones de trabajo: estabilidad laboral, salarios e ingresos con referencia al costo de la Canasta Básica Familiar (CBF) y, cobertura de las prestaciones de seguridad social. Se considera trabajo precario cuando existe déficit en alguna de estas condiciones (trabajo a plazo fijo, ingresos por debajo del 50% de la CBF o falta de aportes al sistema previsional); trabajo precario extremo cuando el déficit se presenta en todas las condiciones; trabajo no precario cuando no existe déficit en estos criterios o condiciones. Cuando se trata de trabajadores independientes se considera solamente las dos últimas variables. Al respecto puede verse Escóbar, 2009: pp. 75.*

8 *En la construcción del índice de precariedad laboral se considera como parámetro la suficiencia de los ingresos para cubrir el costo de reproducción del trabajador y su familia. Suponiendo un promedio de dos perceptores de ingreso por hogar, se asume que cada trabajador debería aportar al menos un monto monetario equivalente al 50% del costo de la canasta familiar básica.*

3. Los adultos mayores frente a la actividad económica



3.1. Participación en la actividad económica

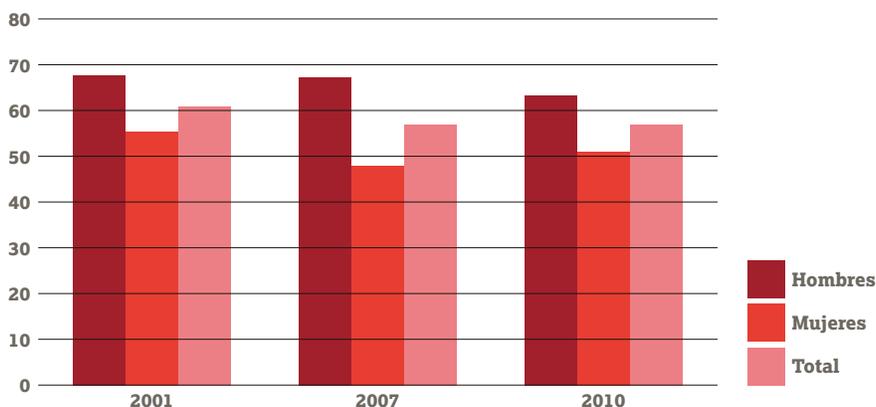
En los últimos diez años, la tasa global de participación en la actividad económica⁹ de las ciudades capitales del país ha seguido una tendencia declinante, hasta situarse en 56,7% en 2010. Este comportamiento fue similar entre los hombres y las mujeres, con algunas diferencias no significativas. Además de factores estructurales que causan una baja generación de empleo y el aumento de la inactividad en ciertos grupos de la fuerza laboral –jóvenes y mujeres des-

alentados– esta evolución refleja los efectos de la migración transnacional masiva que tuvo lugar desde comienzos de la década. Se estima que, sólo entre 2002 y 2007, cerca de 600.000 personas se fueron del país, ocasionando la disminución de la población activa. Aunque en un menor volumen,¹⁰ estos flujos continúan hasta ahora (CEDLA, 2009) (gráfico 1).

Luego de esta aproximación al contexto económico y laboral urbano, en lo que sigue el análisis se centrará en los adultos mayores. Debido a la falta de información oficial actualizada sobre los principales indicadores laborales por grupos de eda-

Gráfico 1

Ciudades capitales: Tasa de participación por sexo (%), 2001 - 2010



Fuente: INE, 2001, 2007, 2010. Elaboración propia

9 La tasa global de participación se define como la relación porcentual entre la población económicamente activa (ocupados y desocupados) y la población en edad de trabajar (10 años y más). La población ocupada incluye a las personas que realizaron cualquier actividad económica para generar un ingreso personal o familiar en la semana de referencia; la población desocupada comprende a las personas que no trabajaron, estaban disponibles y buscaron activamente una ocupación durante las cuatro semanas anteriores a la encuesta.

10 A causa de la crisis internacional, desde 2008 algunos países (España, Estados Unidos) restringieron el ingreso de migrantes, pero éstos se orientaron nuevamente hacia los países limítrofes (Brasil, Argentina). Lo que se pierde con la migración es sobre todo población con experiencia laboral previa, y no así población inactiva; de allí su impacto en la declinación de la tasa de participación laboral.

des en el conjunto de las ciudades capitales, solamente hablaremos de las ciudades del eje.¹¹

En general, los estudios realizados en varios países de América Latina muestran que a menor grado de desarrollo relativo, mayor es la participación laboral de las personas de edad avanzada, una situación que está estrechamente asociada con la escasa cobertura de la previsión social que caracteriza a las sociedades menos desarrolladas (CEPAL/CELADE, 2003).

En Bolivia, la protección de una pensión de jubilación alcanza solamente al 20% de la población de 60 y más años; en las ciudades del eje este porcentaje llega al 27%. De las personas beneficiadas, solamente una de cada cinco es mujer.¹²

A la falta de previsión social se suman los bajos montos de las prestaciones sociales¹³ y las restricciones impuestas por la privatización del sistema de pensiones, en 1997, para el acceso a la jubilación antes de los 65 años.¹⁴ Como resultado, las personas mayores se ven obligadas a trabajar hasta edades avanzadas para subsistir. Esta situación es similar en el campo y en las ciudades.

Lo dicho no significa desconocer a las personas que optan por permanecer activas mientras sus capacidades lo permiten, por la importancia que tiene el trabajo como fuente de identidad, participación social y bienestar personal y familiar.

La concurrencia de estos factores determina una larga permanencia de los adultos mayores en la actividad económica, que además aumenta en el tiempo. En 2001, la tasa de participación (TP) de los adultos mayores en las ciudades del eje era de 38,4%, y en 2010 ésta se elevó hasta 44%, para ambos sexos. Este año, más de la mitad de los hombres y un tercio de las mujeres de 60 y más años permanecía en el mundo del trabajo.

Los indicadores de América Latina y el Caribe de 2003 sugieren que, de mantenerse hasta hoy la tendencia observada hasta este año, la TP de los adultos mayores en Bolivia se encuentra por encima del promedio regional y de la región andina. De hecho, a principios de la década, el país ya se ubicaba en el tercer lugar, con la TP más alta de 12 países considerados, y en el segundo lugar de la región andina, después del Ecuador.¹⁵ Durante ese mismo período, la TP de las personas en las edades previas

11 La información para 2010 proviene de la encuesta urbana de empleo realizada por CEDLA en julio de este año. Para comparar con otros años, la variable condición de actividad ha sido estimada siguiendo la definición de las encuestas de hogares del INE.

12 En 2009 había sólo 151.000 jubilados titulares en el sistema de reparto y el nuevo sistema (seguro social obligatorio) (Autoridad de Pensiones, 2010).

13 En 2007, el 80% de los jubilados reportaba una pensión inferior al costo de una canasta alimenticia para 4,3 personas, en promedio, de 1.290 Bs (160 dólares).

14 La reforma del sistema de pensiones significó el tránsito de un sistema de reparto a un sistema privado de capitalización individual; amplió la edad de jubilación de los 55 años (hombres) y 50 años (mujeres) a los 65 años para todos y eliminó el principio de solidaridad, haciendo depender la jubilación exclusivamente de los magros aportes que podían hacer las personas a lo largo de su vida activa. Bajo el nuevo sistema solamente las personas con mayores ingresos laborales pudieron acceder a la jubilación antes de la edad fijada.

15 Al respecto puede consultarse el estudio Envejecimiento, empleo y protección social en América Latina, coordinado por Fabio Bertranou (2006). Los indicadores presentados no incluyen a Bolivia; sin embargo, su comparación con los datos que provienen de las estadísticas oficiales del país (también basadas en las encuestas de hogares MECOVI) permiten arribar a la conclusión señalada. Considerando solamente a la población urbana, la posición de Bolivia entre los países con una elevada TP de los adultos mayores se mantiene (OISS, 2008).

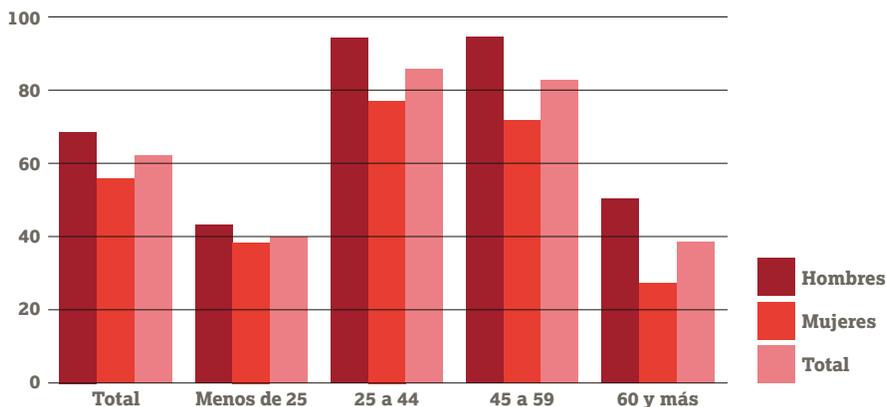
(25-59) apenas se modificaron para los hombres y comenzaron a disminuir para las mujeres; además hubo una significativa caída de la participación de los jóvenes en el mercado laboral.

Como es normal, a medida que avanza la edad la TP va perdiendo importancia. Sin embargo, se está produciendo un “efecto

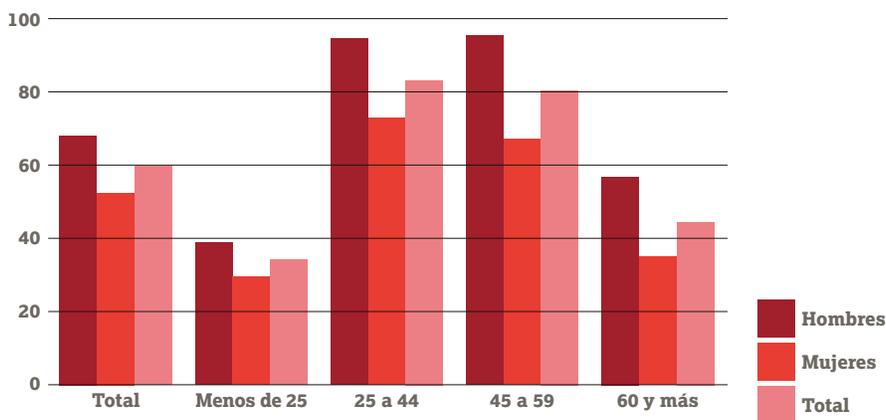
compensación”, por el cual los adultos mayores cubren la menor concurrencia o el retiro de los jóvenes de ambos sexos de la actividad económica. En el contexto socioeconómico actual, el desempleo conduce a los jóvenes al desaliento y la inactividad, por lo que los adultos mayores deben seguir trabajando, dada la urgencia de contribuir a la subsistencia familiar (gráfico 2).

Gráfico 2

Ciudades del eje: Tasa de participación por edad y sexo (%), 2001



Ciudades del eje: Tasa de participación por edad y sexo (%), 2010



Fuente: INE 2001; ECEDLA, 2010. Elaboración propia

Es importante tener en cuenta que la TP de los adultos mayores presenta una disminución a partir de los 70 años, cuando la mayoría pasa a la inactividad debido al aumento en los problemas de salud y sobre todo por la restricción de las oportunidades de trabajo. Comienza entonces una etapa de transición, en la que se producen diversas situaciones de dependencia del núcleo familiar, puesto que el país no cuenta con jubilación universal.

Otro factor determinante para la concurrencia de los adultos mayores a la actividad económica es el nivel socioeconómico de sus hogares.¹⁶ A mayor nivel socioeconómico, la probabilidad de que las personas sigan trabajando es más alta, ya sea por su mayor nivel educativo, la estabilidad de su trayectoria laboral o por su mayor disponibilidad de recursos para desarrollar actividades por su cuenta. La TP de las personas con referencia a las que pertenecen al estrato alto ilustra este comportamiento, con marcadas diferencias de sexo (gráfico 3).

Entonces, las tasas más altas se encuentran entre los hombres que pertenecen al nivel socioeconómico alto –seguramente los más calificados, con trayectorias laborales estables que se prolongan hasta la vejez y para quienes el trabajo es una opción más que una necesidad– y, entre los de nivel bajo, unos pocos prejubilados y

los que lograron ciertos ahorros para realizar alguna actividad por cuenta propia. Por lo general son personas que han tenido un trabajo relativamente estable como empleados en los sectores público y privado, en tareas que suponían un menor desgaste físico, y tuvieron acceso a los beneficios de la seguridad social de corto plazo (salud).

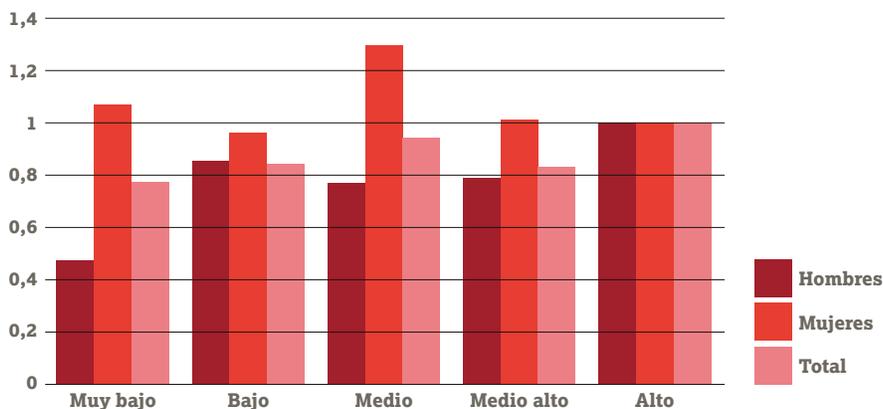
En cambio, los que pertenecen a hogares de nivel socioeconómico muy bajo, medio y medio alto tienen menores TP; los primeros debido a su menor grado de escolaridad y la falta de recursos para trabajar por su cuenta, lo que repercute en la pobreza de sus hogares. Los segundos, por su mayor acceso a una pensión jubilatoria o, al menos, a un cierto apoyo familiar que les permite permanecer inactivos.

Entre las mujeres el comportamiento es el inverso. A menor nivel socioeconómico, mayor es su participación en la actividad económica, lo que se facilita por su inserción predominante en el sector informal, donde permanecen hasta que su salud las obliga a retirarse. Esto mismo ocurre en los estratos medios. Mientras tanto, las mujeres de los niveles socioeconómicos altos pueden optar con mayor facilidad por la inactividad, porque cuentan con ingresos que provienen de su jubilación o del trabajo de los demás miembros de sus hogares.

16 Este indicador está definido a partir de los quintiles de ingreso per cápita del hogar.

Gráfico 3

Ciudades del eje: TP de los adultos mayores según nivel socioeconómico^{1/}, 2010. Nivel alto=1



1/ Quintiles de ingreso per cápita del hogar. Fuente: ECEDLA, 2010. Elaboración propia.

Trabajar hasta que llegue la muerte

Juan, 60 años, casado.

Tengo 60 años. Yo he hecho de todo en la vida, he sido albañil, agricultor, minero y después artesano. Yo he nacido en los corrales de los corderos; desde niño he trabajado en el campo. Ya de joven trabajé en la albañilería hasta que una vez, como mi maestro era contratista, hemos ido a realizar algunas construcciones en un centro minero. Una empresa nos contrataba, pero no nos aseguraba. En esa empresa minera yo trabajé de albañil unos 14 a 15 años. Allí también algo trabajé en la mina.

En las minas grandes no más son asegurados. La mayor parte de las minas son pequeñas y éstas no conocen los contratos, los seguros. Hay minas, incluso cooperativas, donde uno muere como perro, sin atención, no hay seguro. Las minas del sur, de estaño y de oro, son diferentes a las minas de La Paz: acá la mayor parte

son auríferas, y en estas minas auríferas no hay ingresos grandes, todas son pequeñas, son cooperativas; algún empresario privado se anima a invertir, pero la mayor parte son pequeñas.

Yo he trabajado bastante tiempo en todo hice. Ahora eso queda como historia, algún día (les) contaré sobre mi vida. Actualmente trabajo como confeccionista, tengo mi pequeño taller. Es mi único medio de trabajo desde hace muchos años; ahora me gusta, antes no. Pero por la necesidad hay que laburar. Yo he aprendido de otro artesano y las personas artesanas trabajan hasta su muerte, hasta que ya no pueden moverse; ésa es la vida de un artesano.

No es un trabajo difícil pero es duro. Hay jovencitos que quieren aprender y les resulta difícil; se aburren porque no se

gana. Van a institutos, y salen de ahí y no saben nada.

Este trabajo no tiene horario; cerca a las fiestas tenemos que amanecernos para entregar el trabajo: en esas épocas hasta hay que comprarse pastillitas para no dormir.

Lo que se gana no alcanza, apenas para lo primordial. No queda otra, pues si no trabajamos no hay plata para vivir, porque mientras más mayor eres, más es el gasto.

Para nosotros que hemos vivido de las artesanías, hablar de jubilación es una

cosa lejana, no existe. Ésta es la vida de un independiente, y creo que la mayor parte trabaja así.

A esta edad creo que se trabaja más, aunque no se produce en la medida que produce un joven, porque no trabajar es como otra enfermedad. ¿Se da cuenta? En la forma en la que he aprendido a vivir, yo tendría que trabajar siempre hasta que me llegue la muerte, en cualquier momento. Yo sé que mis hijos son buenos, pero yo no les pido, porque quién sabe en qué condiciones vivirán ellos también.

3.2. Desempleo e inactividad de los adultos mayores

La participación de los adultos mayores en la actividad económica no siempre se traduce en ocupación efectiva, sino también en desempleo abierto (TD). En 2010 la tasa de desempleo de este grupo llegaba al 5,4%, por debajo de la tasa global y era más alta entre los hombres (6,1%), por la mayor propensión de éstos a trabajar como asalariados.

Entre las mujeres, a la dificultad por encontrar un empleo asalariado le sigue generalmente la inactividad, lo que oculta la

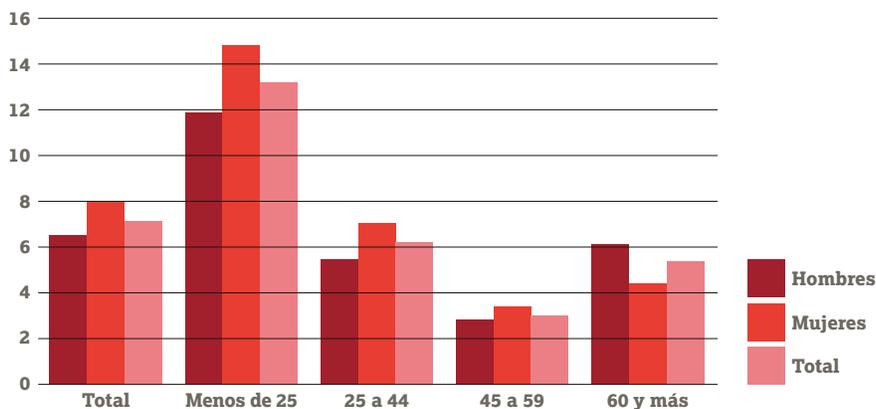
verdadera magnitud del desempleo femenino en todas las edades; no obstante, se observa que las mujeres adultas mayores, igual que los hombres, presentan TD más elevadas en comparación con el grupo de 45 a 49 años (gráfico 4).¹⁷ Esto parece un indicio de discriminación en el mercado laboral a medida que aumenta la edad, en un contexto en el que las oportunidades de empleo para la fuerza laboral más joven son más limitadas.

En 2010, solamente en las ciudades del eje, los adultos mayores que buscaban activamente un trabajo llegaron a ser 6.873 personas; de ellos, 4.919 eran hombres y 1.954, mujeres.

17 La tasa de desempleo ha sido calculada en base a la ECEDLA 2010, siguiendo las definiciones del INE para mantener la coherencia en el manejo de los indicadores de condición de actividad.

Gráfico 4

Ciudades del eje: Tasa de desempleo por edad y sexo (%), 2010



Fuente: ECEDLA, 2010. Elaboración propia.

Trayectorias laborales discontinuas: desempleo e inactividad forzosa

Clementina, 60 años, viuda.

Antes las mamás no nos dejaban estudiar; sólo hasta primero de primaria, nada más, y eso que uno entraba grande a la escuela. Ahora entran de cinco años, antes uno tenía que tener nueve o 10 años. Por eso desde chica he trabajado de todo, a veces por mi cuenta, otras veces me empleaba también.

Primero atendía a pensionistas; cuando dejé de atender a los pensionistas he trabajado en escoger café; después hacía terminados de chompas de alpaca en una fábrica que sigue actualmente funcionando, yo sacaba a domicilio las chompas para el terminado; en eso he trabajado bastante tiempo, me pagaban por prenda pero no estaba asegurada. Cuando todavía vivía mi esposo, también le ayudaba a trabajar o hacía cualquier

otro trabajo: tejía chompas, varias cosas hacía. Ahora ya no trabajo, deben ser casi unos 10 años, desde que tenía 50 años, porque mi esposo estaba enfermo y necesitaba que lo cuidara. Dejé de trabajar por cuidarlo a él.

Después que murió mi esposo quise volver a trabajar, y mucho, pero nos rechazan por la edad, dicen por ejemplo que hasta las manos se ponen mal, no se puede hacer las cosas rápido; por eso ya no nos contratan. La verdad es que prácticamente ya no se trabaja con ese entusiasmo, estamos cansados, ahora ya no puedo trabajar como antes. Una le podría dedicar unas siete u ocho horas (al trabajo), haciendo un esfuerzo, pero otros no quieren también así; te hacen pasar una o dos horas (del horario) y eso es mucho.

Por ahora estoy cuidando a mis nietos, pero ya están grandes y me necesitan menos. Me gustaría cuidar niños, o algo que sea fácil; puedo trabajar los cinco días, pero menos horas, pero ya no he

buscado dónde emplearme. Por lo menos conseguir un puestito donde pueda vender caramelos, algo para vender, creo que eso es lo único que haría... pero son sólo mis deseos.

Los motivos de las personas que permanecen fuera de la actividad económica son diferentes entre hombres y mujeres. Los hombres señalan que no buscan trabajo por contar con una jubilación, por enfermedad o pérdida de fuerzas o capacidades, y porque consideran difícil encontrarlo. En cambio, las mujeres atribuyen la inactividad principalmente a responsabilidades en la esfera del trabajo doméstico; luego, a la salud o pérdida de capacidades, y a la discriminación en el acceso a empleos asalariados; pocas se refieren al hecho de contar con una jubilación. Estas diferencias sugieren que la división sexual del trabajo y los roles de género que en el pasado limitaron las trayectorias laborales de las mujeres no se modifican con la edad, por cuanto son las mujeres las que, aún en edades avanzadas, realizan las tareas domésticas, que facilitan la salida de otros miembros del hogar al mercado laboral.

La posibilidad de que las personas mayores no se vean obligadas a incorporarse a la actividad económica depende de dos facto-

res: i) del acceso a la jubilación o renta de vejez, puesto que el porcentaje de personas que trabajan o buscan trabajo estando jubilados no supera al 5%, y ii) de la existencia de redes familiares que permiten transferir o compartir los escasos recursos disponibles, ya sea porque viven en pareja, con o sin los hijos, o porque pueden integrarse a los hogares de los hijos; únicamente un reducido porcentaje vive en soledad.

Sin embargo, se encuentran evidencias de que los adultos mayores que se allegan a sus hijos no necesariamente pasan a depender económicamente de ellos: sus ingresos por jubilación y/o su aporte al trabajo doméstico no remunerado suelen ser una importante contribución al sostenimiento de la familia.

Así se observa, por ejemplo, que los inactivos mayores de 70 años que viven con otros miembros de su familia han accedido en mayor porcentaje que los menores de esa edad a una pensión jubilatoria, y cuentan con un ingreso estable que contribuye a cubrir los gastos del hogar (cuadro 2).

Cuadro 2

Ciudades del eje: Núcleo familiar de los adultos mayores por edad y sexo, 2010

Edad y sexo	Solos %	Pareja con/sin hijos %	Hijos con/sin otros %	Solo con otros %	Tamaño familia prom.
Total	5,4	76,7	16,7	1,2	4,3
60 a 69	4,4	87,1	7,8	0,8	4,5
70 +	7,0	61,4	29,9	1,8	4,1
Hombres	6,5	84,7	8,4	0,4	4,3
60 a 69	5,0	90,4	4,2	0,5	4,4
70 +	8,9	75,6	15,1	0,4	4,2
Mujeres	4,6	70,7	23,0	1,7	4,7
60 a 69	3,9	84,4	10,7	1,0	4,9
70 +	5,6	51,2	40,5	2,7	3,9

Fuente: ECEDLA , 2010. Elaboración propia

3.3. Fuentes de ingreso

Una vez conocida la participación económica de los adultos mayores es posible establecer un cuadro de situación respecto a sus principales medios de vida. Para este propósito, se distingue entre los que obtienen ingresos por jubilación o renta de vejez, por trabajo o por una combinación de ambas fuentes (ingresos mixtos), y a los que no tienen un ingreso propio.

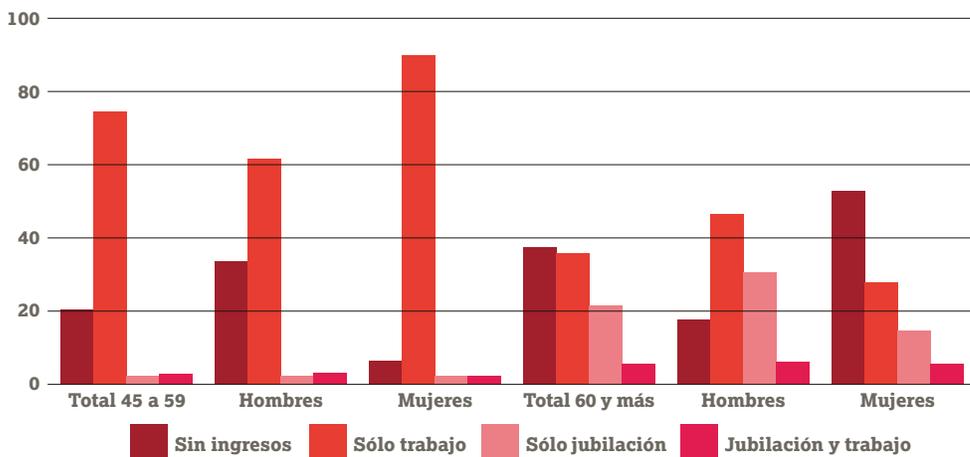
Tenemos así que, en las ciudades del eje, solo el 21,3% de los adultos mayores tiene como principal fuente de ingresos una jubilación o renta de vejez, el 35,8% vive exclusivamente de los ingresos que provienen de su trabajo, el 32,4% no cuenta con ingresos

propios y sólo el 5,5% tiene ingresos mixtos (lo que significa que cuando las personas tienen jubilación o renta de vejez ya no presionan sobre el mercado laboral).

Los hombres se encuentran en mejores condiciones, pues pueden acceder a distintas fuentes de ingreso (87,5%), entre las cuales el trabajo tiene un papel central; en contraste, la mayor parte de las mujeres (52%) carece de ingresos. Las desigualdades de género en el mercado de trabajo se trasladan a la vejez, de lo que resulta una mayor vulnerabilidad social, dependencia y pobreza de las mujeres. También en las edades de transición a la vejez (45 a 59 años) ellas deben enfrentar mayores restricciones, tanto inactividad como mayores

Gráfico 5

Ciudades del eje: Fuentes de ingreso de los adultos mayores (%), 2010



Fuente: ECEDLA, 2010. Elaboración propia.

tasas de desempleo (gráfico 5). Sus inestables trayectorias laborales y su concentración en actividades del sector informal a lo largo de su vida repercuten fuertemente en esta etapa.

Si bien un reducido porcentaje logra acceder a una pensión de vejez por derecho propio o –gracias a que sus cónyuges tuvieron mayor acceso a la seguridad social durante el período previo a las políticas de libre mercado– como derecho habientes (14,2%), la baja cuantía de las prestaciones sociales continúa siendo un importante factor de inequidad para estas mujeres mayores.

La situación de vulnerabilidad ante la pobreza de un importante porcentaje de los adultos mayores no es una de las cuestiones centrales de la agenda pública, lo que amenaza con agravar problemas estructurales que se originan en el mundo del trabajo. De ahí que sea imperativo formular

políticas públicas y acciones estatales que permitan que la vejez de los bolivianos transcurra con independencia económica y buena salud, asumiendo que la seguridad social es un derecho universal y una responsabilidad colectiva.

Una reciente reforma de la ley de pensiones vigente desde 1997 (Ley del Seguro Social Obligatorio) incorporó la Renta Dignidad, un beneficio universal no contributivo otorgado a las personas de 60 años y más, que tiene un monto de 200 Bs mensuales (no jubilados) o de 150 Bs (jubilados). Asimismo, se creó el Seguro de Salud para el Adulto Mayor que, con limitaciones derivadas de la insuficiencia de financiamiento, viene cubriendo sus demandas de atención en los centros urbanos. Ambas medidas son la base de partida de una mejora en el ejercicio de los derechos a la seguridad social.



4. Trabajo y condiciones laborales

En este apartado se desarrolla el análisis de las características ocupacionales de los adultos mayores y las condiciones en las que desarrollan su actividad principal.

En las ciudades del eje, el universo estimado de los adultos mayores que se encontraba trabajando en 2010 era de 96.129 personas, de las cuales 52.448 eran hombres y 43.679, mujeres (ECEDLA, 2010); a pesar de su menor tasa de participación laboral, la proporción de mujeres entre los ocupados es elevada (45%), lo que es consistente con su mayor esperanza de vida luego de los 60 años. Al parecer se trata de personas que venían trabajando desde antes, que lograron enfrentar la discriminación por motivos de edad y permanecieron en empleos asalariados o, en su caso, de personas que lograron una relativa de sostenibilidad en las actividades que realizan por cuenta propia.

Esta hipótesis se verifica observando su tiempo de permanencia en su actual trabajo,¹⁸ por encima o por debajo de los años de la mediana del universo investigado.¹⁹ Los hombres y las mujeres mayores registran una mediana de antigüedad de entre 12 y 10 años, y es similar entre los

asalariados y los independientes. Comparten esta característica con las personas que se encuentran en el tramo de 50 y 59 años.

Esto quiere decir que una de las condiciones que permite que las personas continúen trabajando hasta edades avanzadas es haber logrado una cierta estabilidad en el trabajo desde la etapa de transición a la vejez, lo que no significa desconocer que probablemente algunas personas que ya no trabajaban e incluso que nunca trabajaron –como por ejemplo las viudas– elevan la cifra total de personas mayores incorporadas al mundo del trabajo.

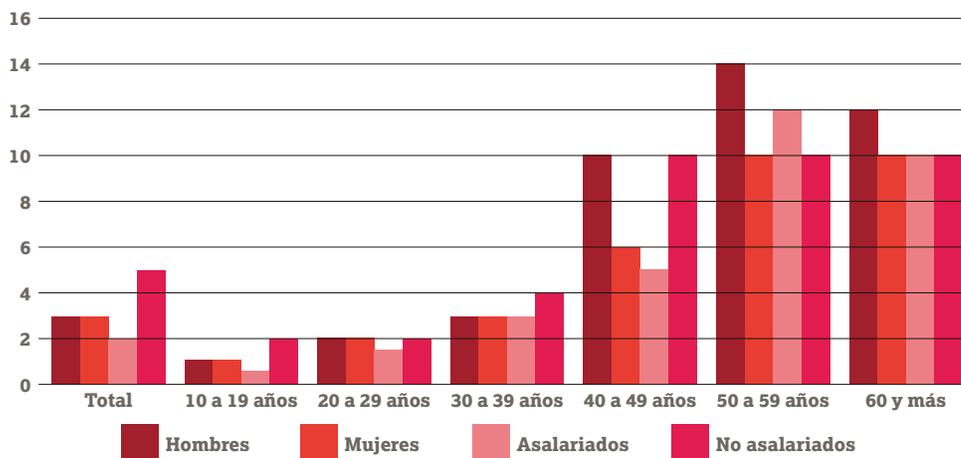
Debe destacarse que las posibilidades de lograr esta condición (estabilidad laboral) son cada vez más inciertas para la mayor parte de los trabajadores jóvenes. Esto es así porque en el tramo de 40 a 49 años golpea muy fuertemente –en particular a los asalariados, hombres y mujeres– la inestabilidad en el trabajo, dadas las políticas y prácticas de libre contratación. Este hecho limitará su inserción laboral en edades mayores, en especial si no disponen de ahorros y conocimientos que les permitan realizar alguna actividad por su cuenta (gráfico 6).

18 Se refiere al tiempo continuo de permanencia en la ocupación actual, como un indicador de la estabilidad laboral.

19 Se utiliza la mediana en lugar del promedio para controlar los sesgos que provienen de los valores extremos.

Gráfico 6

Ciudades del eje: Antigüedad en el empleo actual (Mediana/años), 2010



Fuente: ECEDLA, 2010. Elaboración propia.

4.1. Formas de inserción laboral

Existen distintos indicadores de las formas de inserción laboral de los trabajadores: entre éstos, la ocupación que tienen, la categoría ocupacional o relación de producción a la que se hallan sujetos y, en estrecha relación con ésta última, el sector del mercado de trabajo en el que actúan. En términos generales, los adultos mayores presentan un perfil ocupacional terciario y poco calificado, con un bajo grado de ocupación asalariada; además están concentrados en el llamado “sector informal” urbano.

a) Perfil terciario

Cerca de dos tercios del empleo en las principales ciudades del país se da en actividades terciarias (comercio, servicios

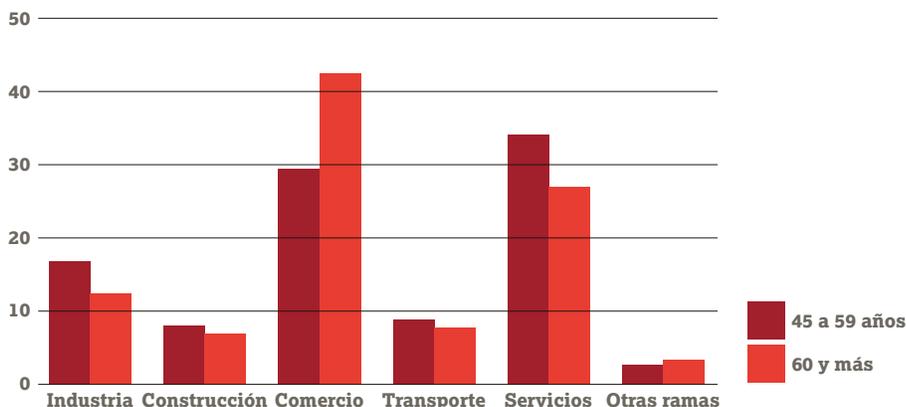
personales, sociales y financieros, transporte público); las actividades secundarias o productivas, como la industria manufacturera, la construcción, la industria eléctrica, de gas y agua, además de otras con menor peso en el ámbito urbano (minería, agricultura), explican el otro tercio.

Por eso no resulta extraño que cerca del 70% de los adultos mayores se ocupe en actividades terciarias, el 42,6% en comercio y el 27,1% en servicios personales diversos y servicios sociales (educación y salud). En esta última actividad existe un grupo relativamente amplio de personas que permanecen ocupadas, esperando una mejoría de la calidad de las prestaciones sociales para jubilarse.²⁰ Cuando esto ocurra estos rubros registrarán una cantidad menor de adultos mayores, ya que las nuevas generaciones podrán jubilarse más rá-

²⁰ En la reciente reforma parcial del sistema de pensiones (2010), se ha incorporado la modalidad de pensión solidaria para aumentar el monto de las jubilaciones bajas y estimular el retiro de las personas a partir de los 58 años. Esta pensión solidaria está financiada por los fondos de previsión de riesgos, más un 0,5% adicional de aporte de los trabajadores y un porcentaje patronal del 3% sobre la planilla, entre otros.

Gráfico 7

Ciudades del eje: Ocupados por actividad económica (%), 2010



Fuente: ECEDLA, 2010. Elaboración propia.

pidamente, con el auxilio de una renta solidaria de reciente creación.

Resta un 30% de los adultos mayores, que trabaja en manufactura, transporte y construcción (en este orden).

Esta estructura es distinta a la que presentan los trabajadores en la etapa de transición a la vejez, cuando se distribuyen en porcentajes relativamente similares en actividades productivas y terciarias. Por lo tanto, podemos inferir que a medida que avanza la edad se presenta una mayor concentración en las actividades terciarias y, dentro de éstas, en las menos calificadas (asociadas a condiciones de trabajo desventajosas y en las que es necesario competir con un gran número de ocupados de todas las edades).

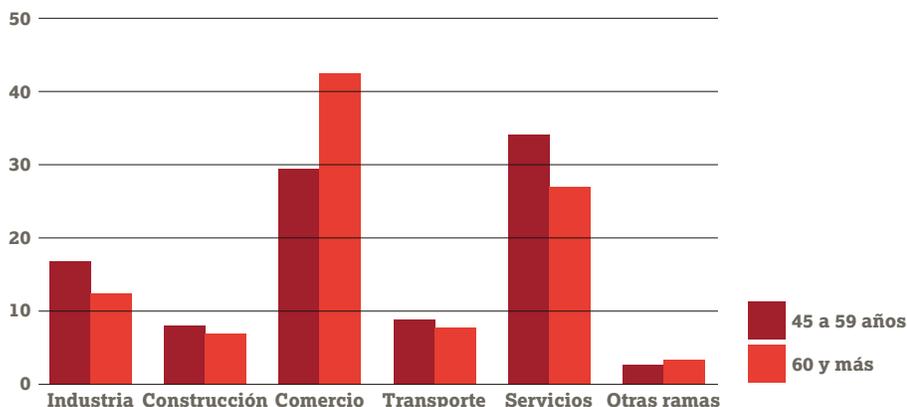
Esta configuración se explica por tres factores: el retiro de las personas que habiendo tenido ocupaciones de mejor calidad lo-

gran jubilarse a menor edad, los procesos de movilidad descendente causados por la discriminación laboral, y el aumento de trayectorias laborales precarias y discontinuas (gráfico 7).

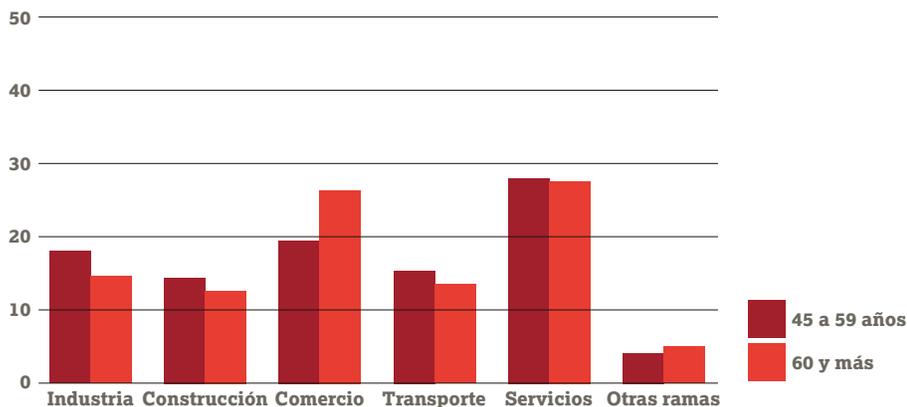
Los hombres tienen una inserción laboral relativamente diversificada: aunque también se concentran en el sector terciario (54%), se encuentran en porcentajes mayores en la manufactura, la construcción y el transporte, actividades que demandan un mayor esfuerzo físico y el uso de las capacidades y experiencias previamente adquiridas, sea como asalariados o como independientes. Entre las mujeres, en cambio, las actividades terciarias predominan mucho más (88,1%); principalmente el comercio (61,9%), lo que se debe a la continuación de un trayecto laboral anterior y a que este sector presenta menores barreras de acceso a los nuevos ocupados (gráfico 8).

Gráfico 8

Ciudades del eje: Hombres ocupados por actividad económica (%), 2010



Ciudades del eje: Mujeres ocupadas por actividad económica (%), 2010



Fuente: ECEDLA, 2010. Elaboración propia.

b) Predominio de ocupaciones no calificadas

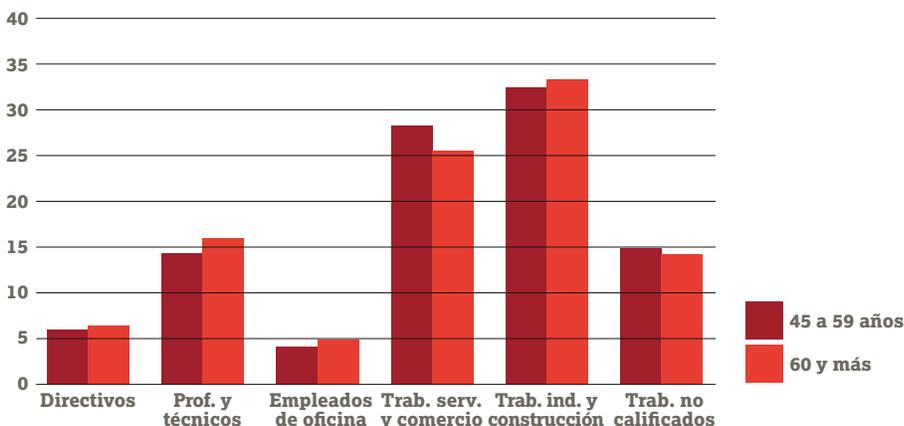
Las principales ocupaciones o tareas que realizan los adultos mayores proporciona nuevas evidencias a la hipótesis de que tienden a permanecer en la misma ocupa-

ción que desempeñaban en la etapa previa a la vejez, pues su perfil laboral no se modifica desde la etapa de transición; asimismo, ratifica su concentración en las ocupaciones no manuales y manuales menos calificadas (73%)²¹ (gráfico 9).

21 Se considera trabajadores no calificados a los ocupados en el comercio, los servicios personales diversos no profesionales ni técnicos; y a los operarios no calificados de la industria y la construcción.

Gráfico 9

Ciudades del eje: Ocupados por grupos ocupacionales (%), 2010



Fuente: ECEDLA, 2010. Elaboración propia.

Este es otro rasgo estructural asociado a un desarrollo capitalista atrasado,²² cuya típica demanda de trabajo es de puestos o tareas de baja calificación. Los factores individuales, como la edad o el nivel educativo alcanzado, solamente refuerzan esta forma de inserción ocupacional. En las ciudades del eje, cerca de dos tercios de los ocupados pertenece a los estratos no calificados

y, en la edad adulta mayor, este porcentaje se incrementa al 73%. Este perfil ocupacional es similar entre hombres y mujeres, aunque la proporción de éstas últimas en trabajos no calificados llega al 77%.

Entre las principales ocupaciones que realizan los hombres y mujeres mayores se encuentran, en orden de importancia, las siguientes:

Ocupaciones masculinas	Ocupaciones femeninas
Comerciantes o vendedores	Comerciantes o vendedoras
Artesanos y operarios en distintos rubros	Cocineras y meseras en restaurantes
Conductores de transporte público	Artesanas
Profesores	
Porteros, cuidadores y afines	
Directivos y gerentes	

²² El 94% de los establecimientos económicos que ocupan la fuerza laboral de las ciudades tiene menos de cinco trabajadores (ECEDLA, 2010), un dato que permanece inalterable desde el último censo de actividades económicas de 1992.

c) Bajo grado de ocupación asalariada

Como en otros países de la región, el cambio más importante en el trabajo del adulto mayor se observa en la distribución de los ocupados entre asalariados y no asalariados. Las oportunidades para entrar bajo una relación de dependencia se reducen drásticamente con la edad, lo que aumenta la importancia del trabajo por cuenta propia, que se realiza en forma unipersonal o con el apoyo de otros miembros del núcleo familiar, como titulares de una empresa o negocio (74%).

El tránsito hacia el trabajo independiente se verifica desde la etapa de transición a la vejez, pero se intensifica a partir de los 60 años, cuando ocho de cada 10 mujeres y seis de cada 10 hombres dependen de sus propias iniciativas para seguir trabajando. Solamente un reducido porcentaje de las personas que tenía una ocupación asalariada de gerente, profesional o técnico, logra permanecer en la misma posición en la edad avanzada.

Esta tendencia expresa que la vejez se desvaloriza en el mercado laboral, pues con ella las condiciones de la venta de la fuerza de trabajo son menos rentables para el capital. Asimismo, prueba que la reproducción material de los adultos mayores se ha convertido en su exclusiva responsabilidad de ellos mismos, en particular en el caso de las mujeres, por la ausencia de políticas públicas integrales que apoyen sus esfuerzos económico-productivos.

Así, los asalariados son la mitad de la población ocupada en las ciudades del eje – dos tercios hombres y un tercio mujeres–,

pero esta cifra baja a 38,8% en la etapa de transición a la vejez y todavía decrece más, hasta 26%, cuando se trata de trabajadores de 60 años y más. La discriminación por edad que impide el acceso a empleos asalariados es una práctica que se ha acentuado en los últimos diez años, tanto en el sector público como en el privado, y afecta a las personas mayores de 40 años, las cuales sufren largos períodos de cesantía cada vez que pierden un empleo, y generalmente sólo pueden volver a trabajar aceptando condiciones laborales degradadas.

Sin embargo, la situación es diferente entre hombres y mujeres. En la cohorte de transición a la vejez, la tasa de ocupación asalariada de los hombres se reduce en: 48,7% y la de las mujeres en menor medida: 26,8%. ¿Por qué? Por el mayor peso de los primeros en las actividades productivas y de servicios, y la mayor presencia de las segundas en los servicios sociales del Estado (salud, educación), donde es posible hacer carrera.

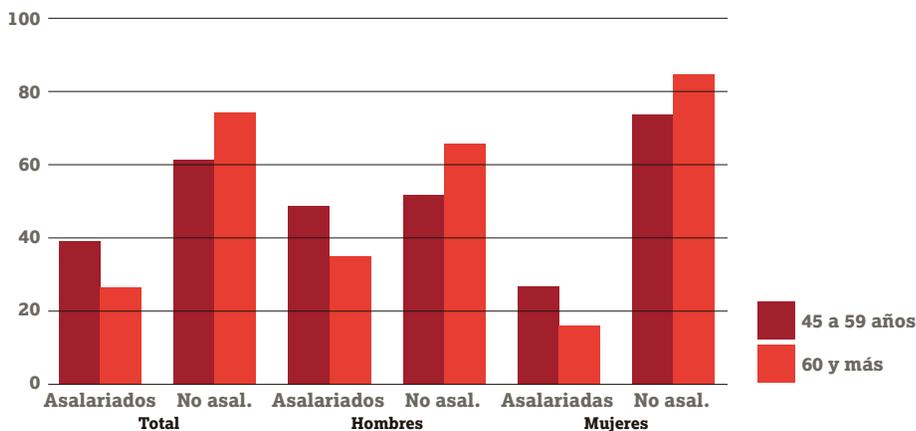
Sólo en las edades adultas mayores la ocupación asalariada disminuye significativamente: a 34,7% en los hombres y a 15,6% en las mujeres (gráfico 10).

El factor que lleva a que los mayores –en particular los hombres– sigan trabajando como asalariados es que dos de cada tres postergaron el momento del retiro para seguir cotizando al sistema previsional y lograr una mejor pensión.

Las categorías ocupacionales específicas también se modifican en las edades avanzadas. En 2010, los asalariados eran básicamente empleados (trabajadores no manuales) en diferentes ramas y, en un

Gráfico 10

Ciudades del eje: Ocupados por categoría ocupacional y sexo (%), 2010



Fuente: ECEDLA , 2010. Elaboración propia.

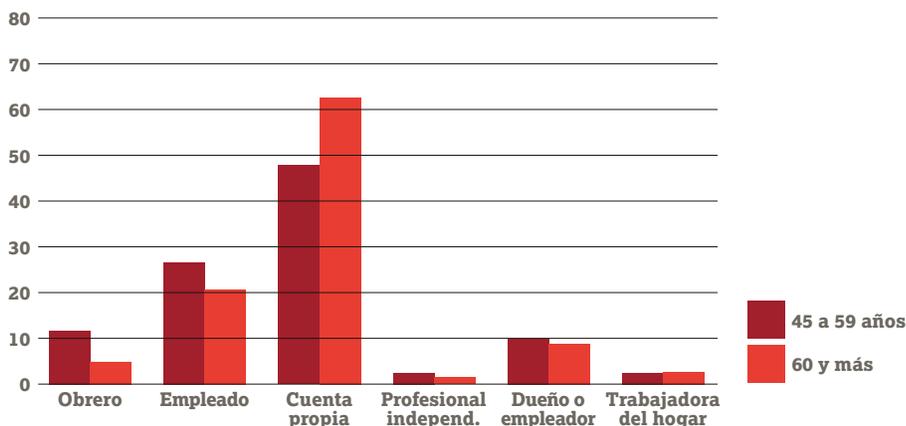
reducido porcentaje empleados en hogares ajenos; en cambio, los obreros tendían a desaparecer.

Entre los que se ocupan en actividades no asalariadas, la categoría más importante es “trabajadores por cuenta propia”: 62,4%

de los adultos mayores se encuentran en esta posición, un 15% más que quienes se hallan en la etapa de transición a la vejez; sin embargo, su posibilidad de seguir como profesionales independientes y dueños de empresas o negocios se reduce después de los 60 años (gráfico 11).

Gráfico 11

Ciudades del eje: Ocupados por categoría ocupacional desagregada (%), 2010



Fuente: ECEDLA , 2010. Elaboración propia.

La indagación sobre los motivos para trabajar como asalariado o independiente, realizada por el INE en 2007, muestra la influencia de la trayectoria laboral sobre la forma de inserción de los adultos mayores en el mundo del trabajo. El 85% de los asalariados respondió que siempre había trabajado en relación de dependencia, mientras que el resto valoró el salario fijo o los mayores montos salariales que podían obtenerse en esta situación, que los llevaba a buscar un empleo similar cada vez que habían quedado desempleados.

Sin embargo, son los factores estructurales –baja demanda de empleo, discriminación y segregación por factores de edad y sexo–, y no la voluntad, los que determinan que esta expectativa pueda concretarse o no. Por lo tanto, más temprano que tarde los trabajadores son excluidos de los empleos asalariados. Esto explica el reducido porcentaje de mayores en condición asalariada (26%) y que en otros grupos de edades la búsqueda exclusiva de este tipo de posición laboral se traduzca en desempleo o inactividad involuntaria.

“Tengo mi aval en las empresas: ellos me llaman”

Casimiro, 68 años, casado.

En realidad yo tuve varias actividades: fui músico de profesión, toqué la trompeta, después se me presentó la posibilidad de aprender relojería. Entonces aprendí relojería pensando que tal vez este oficio me iba a servir alguna vez. Empecé arreglando relojes despertadores a cuerda. Mi propósito siempre fue continuar con mis estudios; entonces, me hice socio de una cooperativa de la Bolsa de Estudios; he estudiado agronomía en Tarija por unos cinco o seis años; después me vine a La Paz a seguir estudiando en la UMSA; hacía trabajos dentro el comedor, eran dos horas por día, ya sea barriendo o lavando platos, y eso me daba la posibilidad de tener almuerzo, cena y a veces desayuno.

En ese tiempo cerraron la universidad y me quedé colgado, sin trabajo. Empecé a trabajar en relojería por mi cuenta. Con hojitas de afeitar y horquillas empecé a arreglar relojes, después reuní capital y me fui a comprar herramientas que hasta

ahora las conservo como recuerdo. Un día un amigo me recomendó con un relojero, y ahí trabajé un buen tiempo; después me contacté con dos relojerías; llevaba el trabajo a casa; gracias a Dios nunca desconfiaron: me daban relojes con mallas de oro de 18 quilates; me pagaban el cincuenta por ciento de lo que cobraban; mi meta siempre fue hacer buenos trabajos; después de mis clases empezaba a arreglar los relojes en una mesita, me quedaba hasta las tres o cuatro de la mañana, era sacrificado. Además ya tenía un hijo que mantener. He trabajado así hasta los 45 ó 48 años.

Dejé de trabajar en la relojería porque en esa época (nos) invadieron los relojes electrónicos, que tenían un precio muy bajo; también empezaron a aparecer las fantasías chinas y entonces quebré yo y el joyero también, ya nadie compraba oro de 18 quilates. Estuve desocupado por un tiempo.

Como a mis 50 años comencé a trabajar como encuestador en una empresa grande, era un paliativo, porque no había dónde obtener dinero. Allá trabajé como 20 años; los encuestadores que trabajábamos ahí luego éramos bien acogidos en cualquier otra empresa. Siempre tuve un contrato eventual. Tal vez querían ofrecerme algo fijo, porque me pidieron que

aliste mis papeles, pero de ahí no mencionaron nada más. Luego cerraron la empresa, pasamos a distintas empresas... Yo ya tengo mi aval en las empresas, ellos me llaman, pero esta actividad no me renta mucho; de momento me sirve para sobrevivir. Tengo otros proyectos todavía, pues sin trabajar sería una persona inútil, claro que ya la edad un poquito afecta.

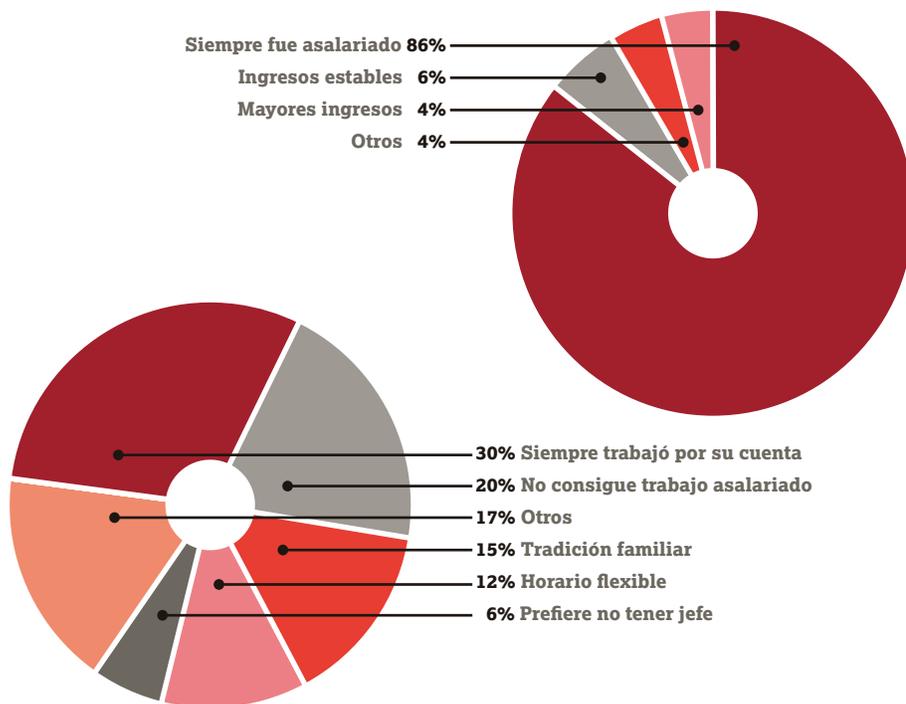
Las personas que trabajan como independientes tienen motivos asociados con trayectorias laborales diversas. Menos de la mitad (44,7%) señala que siempre realizó actividades por cuenta propia, en parte para continuar una tradición familiar; otros hablan de la dificultad de acceder a un empleo asalariado (20,4%) o de cumplir con las exigencias que éste impone, como sujetarse a un horario o a las órdenes que no están dispuestos a aceptar (17,5%). Estos últimos, además de la necesidad de contar con un ingreso, ven en el trabajo indepen-

diente un medio de emancipación que les permite combinar el uso de sus fuerzas y capacidades con el goce de tiempos libres y la toma de decisiones propias.

El resto (17,4%) señala que necesita realizar cualquier actividad para generar ingresos, por muy reducidos o inestables que éstos sean. Puede tratarse de personas que anteriormente fueron inactivas o que no tuvieron estabilidad laboral, por lo que no cuentan con una pensión o renta de vejez (gráfico 12).

Gráfico 12

Ciudades del eje: Motivos para trabajar como asalariado (arriba), por cuenta propia (abajo), 2007



Fuente: INE, EH - 2007.

“He sabido administrar mis pequeñas ganancias”

Marcelino, 73 años, viudo.

Yo estaba en el campo y he venido a los siete años a La Paz. Entonces aquí he entrado a la escuela, pero mi sufrimiento ha sido grave, porque no he estudiado; apenas al primer curso llegué, pero con profesores buenazos. Desde los 7 a los 12 años llegaba hasta la Camacho y

trabajaba como aparapita (cargador). Como ya me han conocido las señoras, con eso me he mantenido, por ahí también sacaba la basura de las casas por unos centavos. Por eso, aquellos que dicen que no hay trabajo, es mentira, hay trabajo de todo. Si ahora alguien me di-

ría “trabájamelo”, yo lo hago, sólo que el cuerpo no rinde.

Un poco más joven empecé a trabajar como albañil. Me gustaba trabajar en la construcción y trabajé como jornalero. Después ya me independicé, me he vuelto contratista. Trabajé bien pero he sufrido mucho. Por eso entré a trabajar en una embotelladora, como asalariado he trabajado en la empresa. También allí a uno le explotan y el sueldo no te alcanza, por eso trabajaba día y noche para ganar algo más. En estos trabajos estaba aportando para la jubilación, a mí me descontaban todo y la obligación de aportar también la tenía la empresa, pero no lo habían hecho. (Después) apenas tenía tres años y medio de aportes y me pedían que traiga papeles para demostrar (que había aportado); hasta que me

aburrí y dije “para qué voy hacer trámites para tan poco”. Entonces ahí he perdido la jubilación; pero no me quejo de no ser jubilado.

Cuando yo trabajaba como independiente en la construcción de ahí me ha caído una pequeña ganancia que he sabido administrar, gracias a Dios. Con eso hice mi casita y desde que dejé de trabajar como albañil, como hace 10 años, he abierto una ducha pública que para mí es una distracción. Vienen clientes o amistades y me hablan, así me distraigo y olvido la muerte de mi señora. Claro que también es mi actividad para no vivir de otros. Como ya me sacrificqué ahora estoy viviendo bien, saco más o menos Bs 1.500 de ingreso fijo. No le pido nada a nadie, más bien yo algo dejaré a mis hijos.

d) Concentración en el sector informal

Como en otros países de la región, los trabajadores adultos mayores independientes, que son los que predominan, se emplean en el sector informal. En 2010, el 78,9% de los mayores –el 70% de los hombres y casi el 80% de las mujeres– se ocupaba en este sector; por supuesto con dotaciones diferenciadas de capital y conocimientos, y tanto dentro de unidades económicas familiares, como siendo propietarios o asalariados de pequeños talleres y negocios semiempresariales.

Si en la etapa de transición a la vejez menos de la mitad de los trabajadores se ocupa en el sector familiar, en la edad adulta mayor esta cifra se eleva al 63,9%, lo que marca un cambio irreversible; al

mismo tiempo, cerca del 16% de los trabajadores en transición se ocupa en el sector semi-empresarial (como titulares y asalariados), y un porcentaje aún más reducido permanece en el mismo después de los 59 años.

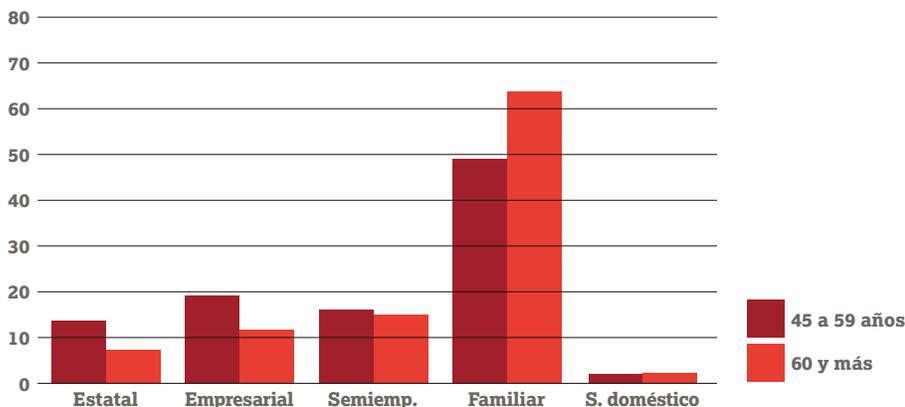
Por cierto, las oportunidades para permanecer o acceder a un nuevo empleo en los sectores empresarial o estatal, que se encuentran al alcance de menos del 30% de los adultos mayores, parecen estar reservadas para los hombres y, de ellos, para los que tienen mejores niveles de instrucción. Los ocupados en estos sectores tienen una mediana de escolaridad que varía entre los 14 y 16 años de estudio, tres veces superior a la que exhiben los ocupados en el sector informal (cinco años). Esto significa que a la segregación ocupa-

cional por cuestiones de género se añade la discriminación por edad, lo que resulta en la exclusión casi definitiva de las mujeres mayores de este tipo de empleo, incluso cuando cuentan con un mayor nivel educativo.

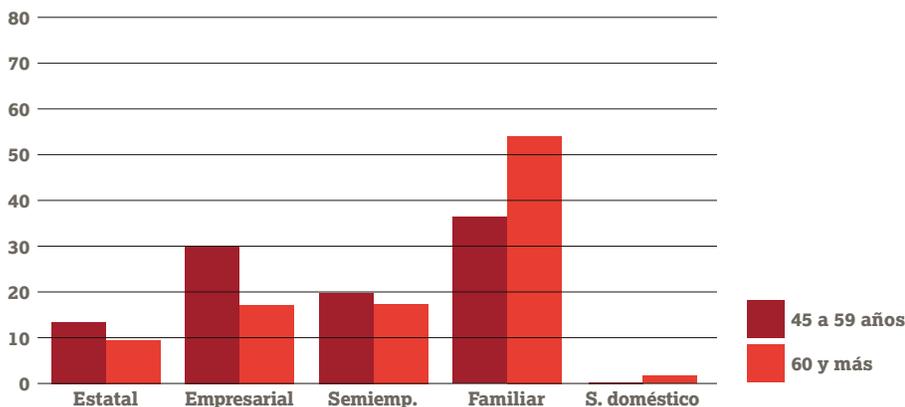
Por último, la ocupación en actividades domésticas en hogares ajenos (servicio doméstico), realizadas casi exclusivamente por las mujeres, también pierden importancia como fuente de empleo a medida que avanza la edad (gráfico 13).

Gráfico 13

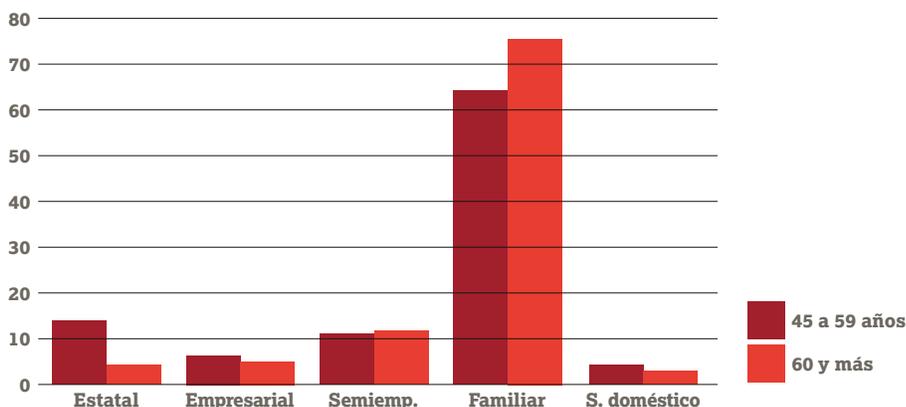
Ciudades del eje: Ocupados por sector del mercado de trabajo (%), 2010



Ciudades del eje: Hombres ocupados por sector del mercado de trabajo (%), 2010



Ciudades del eje: Mujeres ocupadas por sector del mercado de trabajo (%), 2010



Fuente: ECEDLA, 2010. Elaboración propia.

4.2. Condiciones laborales

En un contexto caracterizado por el avance de la precariedad laboral en todos los sectores del mercado de trabajo, sólo un reducido núcleo de los trabajadores asalariados –aquéllos de los cuales depende la continuidad y productividad de los procesos de trabajo– puede lograr condiciones laborales diferenciadas por su calidad.

Cabe entonces indagar si la permanencia de los adultos mayores en el trabajo asalariado tiene lugar en condiciones laborales adecuadas o si por el contrario sólo es posible a expensas de una mayor explotación. De igual manera, teniendo en cuenta que gran parte de los mayores trabaja en el sector familiar, es pertinente conocer las

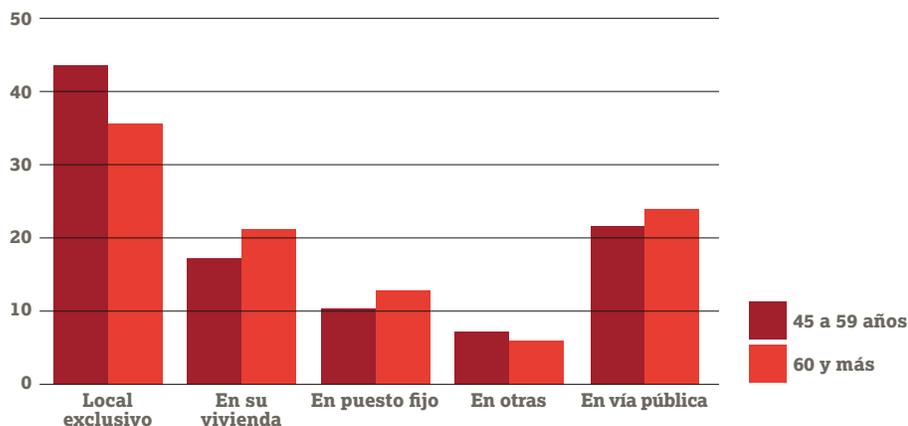
condiciones de este trabajo y hasta qué punto éste representa una amenaza para el bienestar de aquéllos.

a) El lugar de trabajo

Un primer aspecto a considerar es el espacio físico donde los adultos mayores realizan su trabajo. Como efecto del desplazamiento hacia el trabajo independiente, solamente un tercio de los adultos mayores continúa en un establecimiento destinado exclusivamente al trabajo, el 21,4% utiliza su propia vivienda como espacio productivo y el 42,8% opera en las vías públicas (transportistas, comerciantes, prestadores de servicios a domicilio, etc.) y en otros espacios que también conllevan riesgos para la salud, como las obras de construcción (gráfico 14).

Gráfico 14

Ciudades del eje: Ocupados según lugar de trabajo (%), 2010



Fuente: ECEDLA, 2010. Elaboración propia.

Los lugares de trabajo se distribuyen entre hombres y mujeres de esta misma forma: 60% en espacios cerrados y 40% en las calles, en puestos fijos y ambulantes, y en obras, con algunas diferencias importantes según las actividades que se realizan. Así, con más frecuencia las mujeres utilizan un espacio de su propia vivienda y puestos fijos instalados en calles y mercados, es decir, activos que han logrado obtener en el transcurso de su vida y que, con algún capital de trabajo, todavía son usados como medios de producción. Con todo, el 20% trabaja en el comercio ambulatorio y prestando servicios diversos a domicilio. En cambio, los hombres trabajan predominantemente en establecimientos dedicados exclusivamente a una actividad, en las vías públicas y en obras de construcción.

b) Estabilidad laboral

Un indicador de una mayor explotación en el trabajo es el aumento del porcentaje

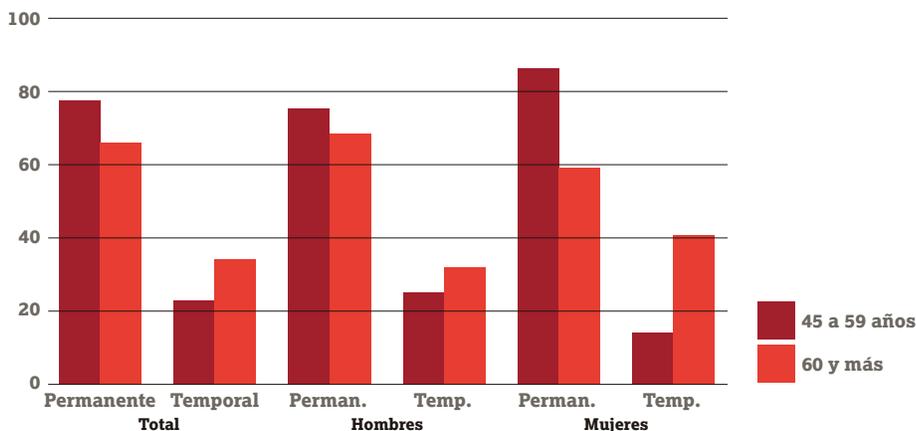
de asalariados sujetos a contrataciones temporales o eventuales (40%, en las ciudades del eje, en 2010). Sin embargo, es notable el peso que tienen los contratos por tiempo indefinido entre los adultos mayores asalariados (66%), un beneficio que viene desde la etapa de transición a la vejez y que favorece más a los hombres que a las mujeres: la continuidad en el empleo previo parece ser una garantía de estabilidad laboral.

La situación es diferente para las personas que trabajan como asalariados temporales o eventuales (34%), puesto que siguen transitando con frecuencia entre la ocupación y el desempleo, con la angustia que provoca la incertidumbre y el riesgo de perder la principal y a veces única fuente de ingresos. Dado el bajo porcentaje de asalariados (26,8%), resulta significativo que tres de cada 10 hombres y cuatro de cada 10 mujeres se encuentren en esta frágil situación (gráfico 15).²³

²³ No existe información sobre la estabilidad en la ocupación entre los independientes.

Gráfico 15

Ciudades del eje: Estabilidad en el empleo por sexo (%), 2010



Fuente: ECEDLA, 2010. Elaboración propia.

“Trabajo temporalmente en mi profesión”

Olga, 61 años, viuda.

Soy bachiller; después me titulé en contabilidad y secretariado comercial. Trabajé desde jovencita hasta que me casé; tuve mi hijita y tenía que cuidarla, así que dije: mejor me retiro. Pedí que me jubilaran y me jubilé, me dediqué íntegramente a las labores de casa. No me arrepiento, pero le cuento que saco una miseria: como yo no he cumplido los 180 aportes como mínimo me pagan 680 bolivianos de jubilación; en ese pago incluyen mi renta Dignidad más; ahora, como soy viuda, recibo la renta de mi esposo también.

Mi hijita está haciendo su tesis y tengo que pagar la universidad. Por ahora me ayudo haciendo trabajos de contabili-

dad, es lo que me gusta; ésta es mi profesión, también. Ahora eso se me presenta de vez en cuando, pueden ser unas tres, cuatro o cinco veces al año. Para personas que ya me conocen solamente hago, se gana bien nomás. Generalmente lo hago de día y tardo bastante, porque no me favorece mucho la vista. Puede ser que en una semana lo haga porque lo realizo despacio. Puede ser todas las tardes en una semana, pero hasta las seis no más, hasta que sea clarito; de noche ya no veo.

Me parece que pronto ya no voy a poder seguir con este tipo de trabajo porque ya no dan mis ojos; pero me gustaría atender una oficina, eso me gustaría.

A pesar de que la encuesta no indaga sobre la estabilidad de los trabajadores por cuenta propia en su actividad, resulta claro que en este caso la incertidumbre proviene de los ingresos fluctuantes que obtienen, debido a la fuerte competencia existente y al menor consumo de los hogares de bajos ingresos que conforman su principal clientela.

c) Jornadas de trabajo

Otro rasgo que caracteriza a las condiciones laborales, junto a la libertad de despido en función de la demanda, es el aumento de la jornada de trabajo sin una remuneración equivalente. Los trabajadores se ven obligados a aceptar esta situación para compensar los bajos ingresos que perciben.

En 2010, en las ciudades del eje, la población ocupada trabajaba durante 5,5 días a la semana, dedicando a su actividad 45,6 horas en promedio, 46,4 los asalariados y 45,3 los no asalariados.²⁴ Los hombres asalariados y las mujeres independientes llevaban la peor parte, con una jornada superior al promedio, que trasgredía la normativa (que establece un máximo de 48 y 40 horas, respectivamente).

A medida que avanza la edad, la jornada promedio aumenta significativamente, de manera que en la etapa de transición a la vejez llega a 51 horas (con una mediana de

49 horas). Los hombres se hallan sujetos a jornadas más prolongadas, independientemente de su posición ocupacional; lo mismo que las mujeres que trabajan por cuenta propia.

El trabajo en jornadas extensas, que dejan poco espacio a la vida familiar y social, también afecta a los adultos mayores; se observa una tendencia a que trabajen jornadas de tiempo completo: más de 5 días a la semana y un promedio/mediana de 47 horas, por encima del promedio general y apenas por debajo del tiempo de dedicación al trabajo de quienes se hallan en la etapa de transición, y sin diferencias entre los asalariados y los independientes.

Asimismo, la mediana tiende a igualarse entre hombres y mujeres en torno a las 45 horas, por el efecto combinado de una menor jornada de los hombres que trabajan por cuenta propia (46 horas) y de las mujeres que se ocupan como asalariadas (40 horas). Es decir que para la mayor parte de los adultos mayores permanecer en el trabajo supone una jornada equivalente a la de los grupos más jóvenes de la fuerza laboral²⁵ (cuadro 3).

Este comportamiento se debe a la disminución de los ingresos que obtienen las personas a medida que envejecen, que las obliga a extender las jornadas, con efectos negativos sobre su salud y su calidad de vida en general.

24 Este promedio oculta la extensión de las jornadas de trabajo, ya que hay que tomar en cuenta el menor tiempo de dedicación de las personas menores de 25 años.

25 Los ocupados comprendidos en el grupo de 25 a 44 años trabajan en promedio 47 horas, igual que los adultos mayores.

Cuadro 3

Ciudades del eje: Jornada semanal por categoría ocupacional y sexo, 2010

Categoría ocupacional	45 a 59			60 y más		
	Días Prom.	Horas		Días Prom.	Horas	
		Prom.	Med.		Prom.	Med.
Total	5,5	51	49	5,3	47	47
Asalariados	5,5	48	48	5,4	46	45
No asalariados	5,5	53	49	5,1	47	48
Hombres	5,6	52	50	5,3	48	45
Asalariados	5,7	51	49	5,5	52	48
No asalariados	5,6	53	51	5,1	45	44
Mujeres	5,5	48	47	5,2	45	44
Asalariados	5,5	40	45	5,3	40	40
No asalariados	5,4	51	48	5,1	46	45

Fuente: ECEDLA, 2010. Elaboración propia.

“Paro en la tienda de lunes a lunes”

Selmira, 65 años, viuda.

Quando era jovencita yo trabajaba haciendo ropa interior con una señora, después me casé y solo hacía labores de casa; cuidaba de mis hijos hasta que fueron grandes. Después con mi esposo teníamos una tienda en la Eloy Salmón; era de repuestos de bicicletas, nos ha ido mal; él ha fallecido y he vendido la tienda, me he deshecho de todo. Después de eso he abierto aquí la tienda de abarrotes, pero la hemos vendido (y la

casa también) por una estafa que nos han hecho. Con la mitad del dinero me he agarrado el anticrético y con la otra mitad hemos pagado la deuda que nosotros no hemos utilizado, una amistad nos ha hecho fraude.

Ya son cinco años que estoy con la tienda. Atiendo desde las 7:30 hasta las 10 u 11 de la noche, de lunes a lunes. A veces, cuando tengo alguna cosa, salgo, cierro

un rato y me voy. El trabajo de la tienda es un poco pesado. El traer, el comprar la mercadería es un poco pesado; traigo de poco en poco. Algunas cosas traen (las empresas), como el refresco, pero lo demás siempre hay que ir a comprar.

Hay algunas personas (clientes) que hacen renegar: escogen el pan, no traen bolsa... Me he puesto hasta letrero para que traigan bolsita pero no traen (es por el medio ambiente que hay que cuidar, pero no entiende la gente). Algunos nos tratan mal. Tampoco se gana bien, pero me gusta vender: pancito, refresco, es bonito atender.

Hay días que no hay mucha venta, entonces tengo que pagar a los que traen.

Para esos días tengo que estar recogiendo todo, me quedo sin un quinto, así es el negocio; hay otros días que vendo y lo recompensó, así nomás estoy haciendo dar vueltas el dinero. Con lo que vendo apenas me alcanza, con mi Renta Dignidad y a veces con lo que mi mamá me regala de sus rentas estiramos para nuestros gastos. Ella ya tiene 90 años. Yo personalmente la cuido, aquí a mi lado la tengo. Por eso mientras se pueda hay que trabajar nomás, mientras pueda caminar todavía, porque de otra manera tendría que estar con mi mano así (hace el ademán de pedir limosna). Siento que tengo que hacerlo por la necesidad de sostenerme.

d) Ingresos laborales

También caracterizan al mercado laboral urbano del país los bajos ingresos laborales y su fuerte desigualdad inter e intra sectorial. Junto al persistente desempleo, las políticas públicas de “contención salarial” aplicadas en las últimas décadas llevaron a la institucionalización de las prácticas empresariales de abaratamiento de costos laborales y, por lo tanto, se dio una nueva correlación de fuerzas contraria a los intereses y demandas de los trabajadores. El resultado fue la desvalorización de la fuerza de trabajo, es decir, su remuneración muy por debajo del valor de los bienes y servicios que necesita para su reproducción física y social.

Como resultado de la persistente flexibilidad salarial, en la última década Bolivia pasó a ocupar el último lugar de la región andina en cuanto a salario mínimo nacional y salario promedio (CEDLA, 2011). A su vez, el mantenimiento de los salarios en un

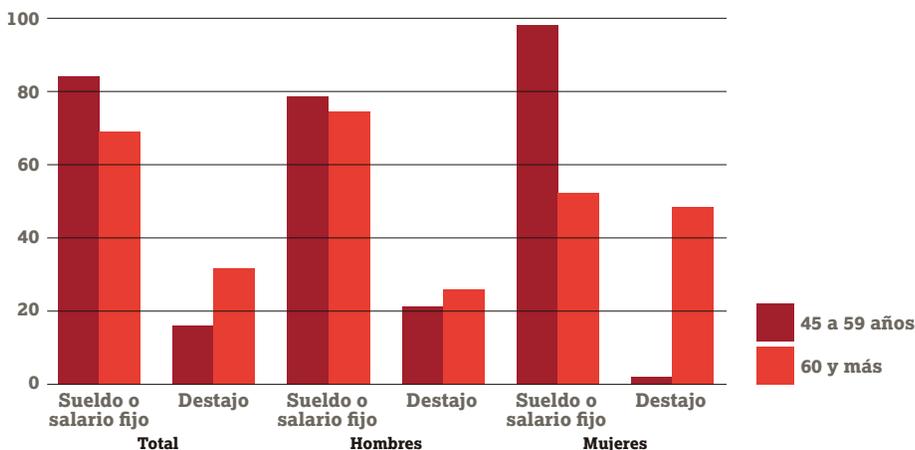
nivel extremadamente bajo causó una depresión del consumo de los pobres y, por tanto, un menor dinamismo de los ingresos de los trabajadores independientes, que se agravó por el constante aumento de ocupados sin dependencia laboral.

Este proceso estuvo acompañado de una mayor fragmentación de los trabajadores entre permanentes y eventuales, calificados y no calificados, integrados en planta y subcontratados, etc., lo que tuvo efectos sobre el aumento de la desigualdad de los ingresos laborales. Así, en 2010, en las ciudades del eje, el 20% de los trabajadores mejor remunerados retenía para sí el 48% de la masa de ingresos, mientras que el 20% más pobre sólo se apropiaba del 4%, 12 veces menos.

Esta situación, que afecta a los ocupados en todos los grupos de edad, presenta características específicas entre los adultos mayores: i) mayor inestabilidad en los ingresos, ii) salarios e ingresos inferiores a los del res-

Gráfico 16

Ciudades del eje: Forma de pago entre los asalariados por sexo (%), 2010



Fuente: ECEDLA, 2010. Elaboración propia.

to de la población ocupada, iii) amplias brechas de ingreso por categoría ocupacional y género, y iv) fuerte desigualdad en la distribución del ingreso.

La inestabilidad del salario es una característica distintiva de las condiciones de trabajo de los mayores que se encuentran en esta categoría laboral, los cuales son el 69%, mientras que en la etapa de transición a la vejez eran 84,2%. También hay una importante diferencia por sexo. Mientras el 74,4% de los hombres –quizás porque en su mayoría se mantienen en el mismo empleo– aún gozan de un sueldo, muchas mujeres transitan a empleos en las que se las remunera a destajo (52%); es decir, se mantienen en una relación de dependencia laboral a cambio de una mayor explotación.

Considerando a asalariados y trabajadores independientes en conjunto, se tiene que, en 2010, el 86% de los adultos mayores tiene ingresos variables o fluctuantes (gráfico 16).

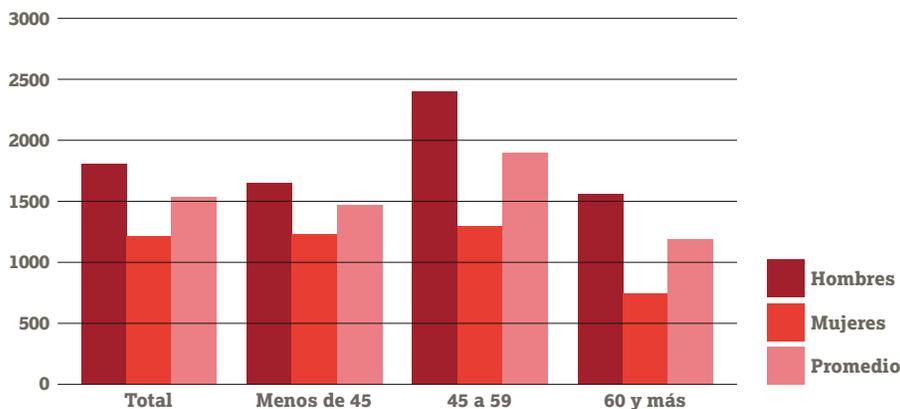
Independientemente del indicador que se use en la medición, los adultos mayores ga-

nan menos que los ocupados de cualquier otro grupo de edad y, en particular, de aquellos que se encuentran en la etapa de transición a la vejez. En 2010 los adultos mayores ganaban en promedio Bs 1.190: los hombres Bs 1.568 y las mujeres apenas la mitad de este monto (Bs 749). La brecha que distancia a las mujeres de los hombres también se presenta entre las mujeres mayores y sus pares de otros grupos de edad.

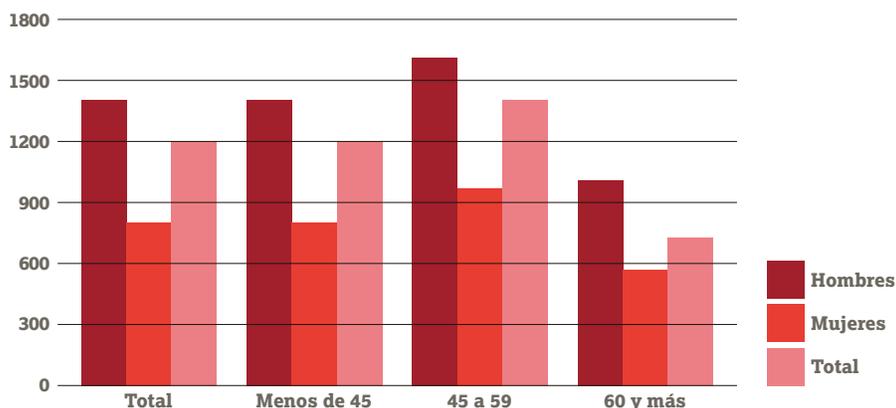
Sin embargo, la disparidad en los ingresos medios no permite dimensionar adecuadamente el significado del trabajo como fuente de seguridad económica. Usando como indicador la mediana del ingreso (el monto por debajo y por encima del cual se encuentra la mitad de los ocupados), se encuentra que el 50% gana menos de Bs 720 (los hombres menos de Bs 1000 y las mujeres menos de Bs 560). Por esto, la realización de jornadas extensas de trabajo no contribuye significativamente a la seguridad económica de, al menos, la mitad de los adultos mayores, y especialmente de las mujeres (gráfico 17).

Gráfico 17

Ciudades del eje: Ingreso promedio por tramos de edad y sexo (Bs.), 2010



Ciudades del eje: Mediana de ingresos por tramos de edad y sexo (Bs.), 2010



Fuente: INE, 2001, 2007, 2010. Elaboración propia

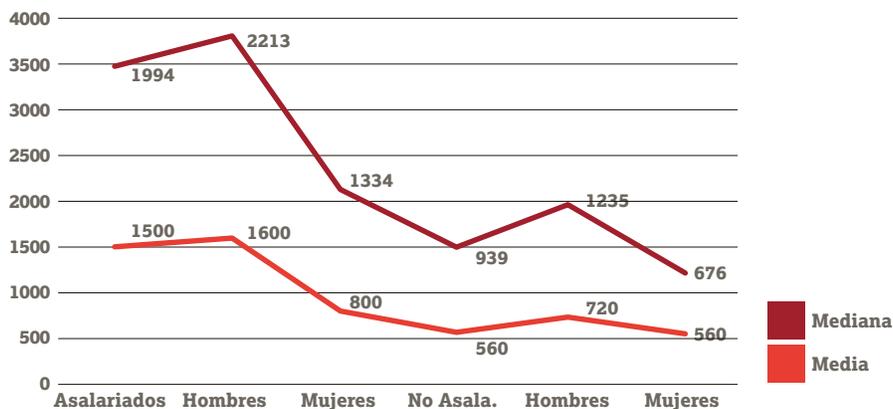
Otro aspecto a destacar es que existe una fuerte brecha entre los ingresos de los adultos mayores asalariados, sean hombres o mujeres, respecto a los demás; tanto por la incidencia del bono de antigüedad en la conformación de los salarios, como por su mayor presencia en los sectores empresariales y estatales: los asalariados ganan cerca del doble del promedio, y el triple de la mediana de ingreso.

Esta diferencia pone en evidencia los escasos recursos complementarios –sobre todo capital y acceso a mercados– con los que los independientes realizan su trabajo, lo que explica los bajos ingresos que obtienen (gráfico 18).

El índice de suficiencia de los ingresos laborales de los adultos mayores puede calcularse usando como medida el salario mí-

Gráfico 18

Ciudades del eje: Ingreso promedio por categoría ocupacional y sexo (Bs.), 2010



Fuente: ECEDLA, 2010. Elaboración propia.

nimo nacional (SMN), fijado en Bs 675 en 2010.²⁶ Con el monto de un SMN se podía cubrir solamente el 40,8% del costo de una Canasta Normativa Alimentaria (CNA)²⁷ y el 18% de una Canasta Familiar Básica (CFB).²⁸ Más de la mitad de los asalariados percibía un ingreso superior a los dos mínimos, con una clara ventaja de los hombres (64,8%) frente a las mujeres (42,4%); sólo el

20% de los asalariados tenía una remuneración mensual inferior al SMN.

En contraste, el 60,4% de los trabajadores independientes tenía un ingreso inferior al SMN (más de la mitad de los hombres y dos tercios de las mujeres), lo que muestra que su esfuerzo laboral no les asegura un ingreso suficiente para costear los gastos mínimos de subsistencia (gráfico 19).

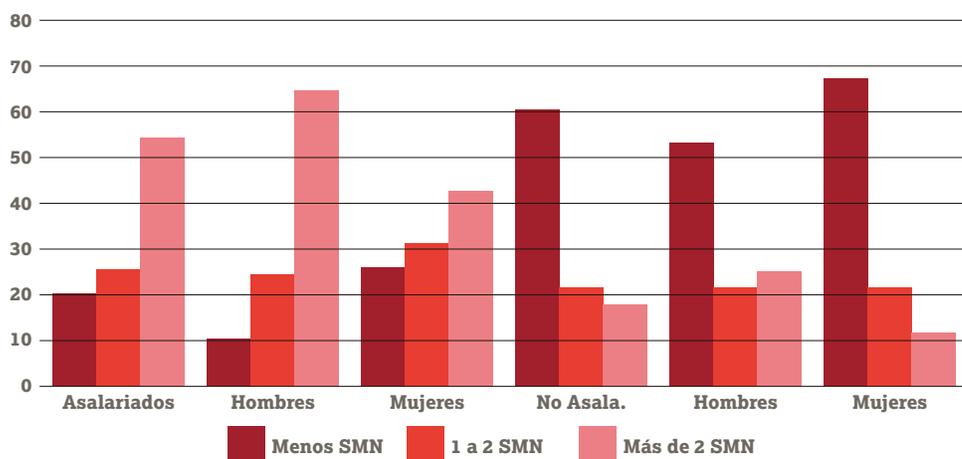
26 En Bolivia el SMN se fija en función de la disponibilidad de recursos fiscales antes que por consideraciones relativas al costo de la fuerza de trabajo (bienes y servicios necesarios para garantizar la subsistencia del trabajador y su familia). En 2010, el SMN era equivalente a 96 dólares, siendo el más bajo de los países de la Comunidad Andina de Naciones y otros de la región (CEDLA, 2011).

27 La CNA comprende un conjunto de alimentos que permiten satisfacer las necesidades energéticas y de nutrientes a una familia tipo de 5 miembros; a su vez el costo alimentario representa el 39% del valor de la canasta básica familiar equivalente a Bs. 1.670 en 2010.

28 Cuyo costo llegaba a Bs 4.274 en 2010.

Gráfico 19

Ciudades del eje: Ingresos de los adultos mayores en SMN por categoría y sexo (%), 2010



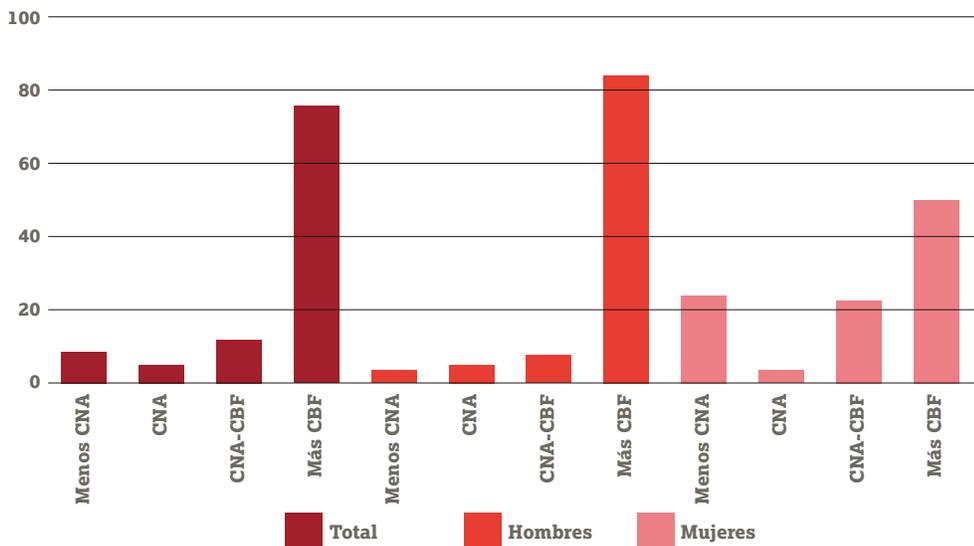
Fuente: ECEDLA , 2010. Elaboración propia.

Otro método refinado para calcular la suficiencia de los ingresos laborales de los adultos mayores es la comparación de éstos con el valor per cápita de la CNA (Bs 334) y la CBF (Bs 855). Se encuentra entonces que tres de cada cuatro asalariados gana lo necesario para cubrir el valor per cápita de una canasta completa de bienes y servicios (855 Bs o más). Una vez más, son los hombres

los que más pueden mantenerse por su cuenta e incluso correr con los otros gastos de su hogar. En cambio, solamente la mitad de las mujeres se encuentra en la misma condición. Se puede suponer, entonces, que el 22% tiene que cubrir parte de los gastos no alimenticios con la ayuda de un tercero, y que el 25% requiere de esta ayuda incluso para asegurar su alimentación (gráfico 20).

Gráfico 20

Ciudades del eje: Salarios respecto a las canastas alimenticia y familiar per cápita (%), 2010



Fuente: ECEDLA , 2010. Elaboración propia.

Este mismo método permite señalar que las condiciones son muy diferentes para cerca del 80% de los que trabajan como independientes. Más de la mitad ni siquiera logra, o apenas alcanza a cubrir el costo de una canasta alimentaria per cápita; el 9% sigue dependiendo de los demás para costear sus gastos de subsistencia, y solamente uno de cada tres puede cubrir una canasta completa e incluso aportar a otros gastos del hogar.

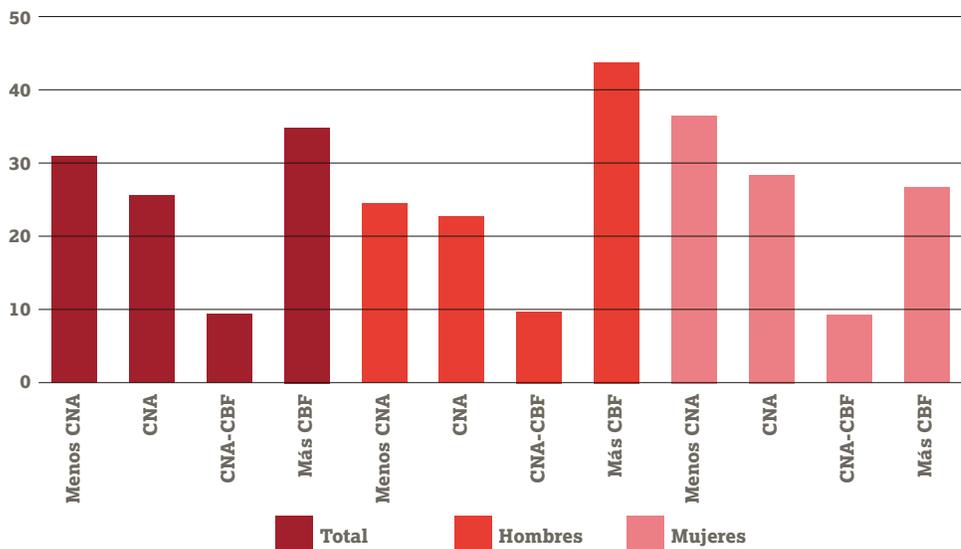
Entre los hombres, cerca de la mitad cuenta con ingresos suficientes para tener independencia económica; casi el 30% sólo alcanza a cubrir sus necesidades básicas de alimentación, mientras que el 24,3% ni siquiera puede hacer esto último. Entre

las mujeres, la situación se invierte: más de la mitad no logra cubrir o cubre de manera insuficiente el costo de la canasta alimentaria, y solamente una de cada cuatro puede costear todos los gastos de subsistencia y eventualmente otros gastos del hogar.

Se puede concluir que más de la mitad de los adultos mayores que trabajan como independientes, el 47% de los hombres y el 64,7% de las mujeres, pueden llegar a requerir de terceros para satisfacer sus necesidades básicas, puesto que sólo el 5% de todas las personas que continúan trabajando tienen una renta de vejez, y no son precisamente los que laboran como independientes (gráfico 21).

Gráfico 21

Ciudades del eje: Ingresos por cuenta propia respecto al costo de las canastas alimenticia y familiar (%), 2010



Fuente: ECEDLA , 2010. Elaboración propia.

En conclusión, la desigualdad de los ingresos, que es otro problema estructural del mercado laboral, se presenta de forma atenuada entre los adultos mayores, cuyos ingresos tienden a igualarse en un nivel bajo, en particular los de los independientes, que conforman cerca del 80% de los ocupados. El 20% más pobre del conjunto estudiado se apropia del 7,9% de la masa de ingresos, mientras que el 20% más rico concentra el 46,8% de ésta, es decir, casi seis veces más. Siendo significativa, esta desigualdad es, por las razones ya señala-

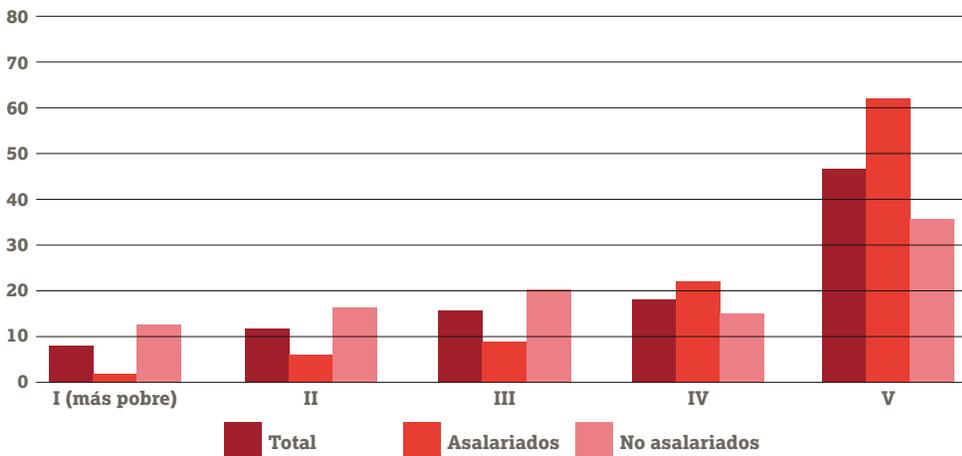
das, menor respecto a la desigualdad de la población ocupada total.²⁹

De los independientes, los más ricos se apropian de una parte de la masa de ingresos (35,6%) que es solamente 2,8 veces mayor que la de los más pobres (12,4%). Una mayor desigualdad y por tanto heterogeneidad social se encuentra entre los asalariados: el 20% mejor remunerado concentra el 61,9 % de la masa salarial, 35 veces lo obtenido por el 20% más pobre (gráficos 22 y 23).

²⁹ En este caso, el 20% más pobre se apropia del 4% de la masa de ingresos, mientras que el 20% más rico retiene el 48%, 12 veces más que los pobres (CEDLA, 2011).

Gráfico 22

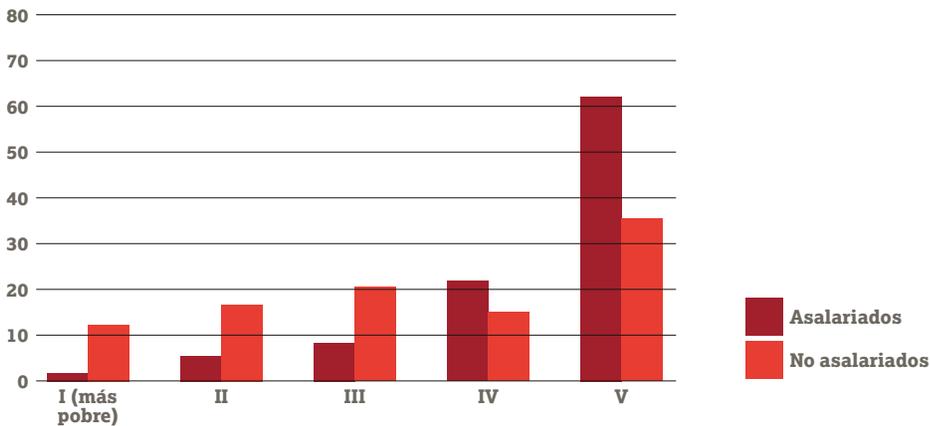
Ciudades del eje: Distribución del ingreso laboral de los adultos mayores (%), 2010



Fuente: ECEDLA , 2010. Elaboración propia.

Gráfico 23

Ciudades del eje: Distribución del ingreso laboral de los adultos mayores por categoría ocupacional (%), 2010



Fuente: ECEDLA , 2010. Elaboración propia.

Si los adultos mayores tienen su trabajo como única fuente de ingreso, puede pensarse que la mayoría está expuesto a la pobreza extrema y moderada, tal como ocurre con el resto de la población ocupada.³⁰ Esto significa que el 57,5% pertenece a los quintiles I y II (muy bajo y bajo). Y, entre los no asalariados, el 67%. Al mismo tiempo, sin embargo, sólo uno de cada tres asalariados forma parte de los pobres (gráfico 24).

Si esto es así, se puede concluir que la Renta Dignidad cobra una especial relevancia para costear la subsistencia de más de la mitad de los adultos mayores, en particular de aquellos que con su ingreso laboral no logran cubrir ni siquiera su alimentación. Algunos utilizan este dinero como capital de operaciones para mantenerse en actividad. De ahí que se haya registrado comentarios como los siguientes:

“La Renta Dignidad no alcanza para nada, solo para pequeños gastos; por eso yo (la) cobro cada tres meses, para poder reunir (la); la utilizo para comprar insumos para la comida de la casa (hombre de 74 años).”

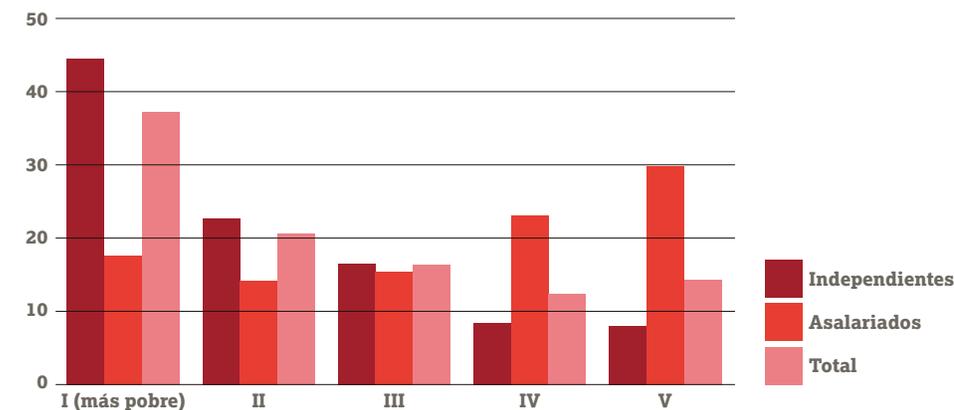
“Mi renta la destino exclusivamente a los alquileres; pago 200 Bs. La renta que recibe mi pareja es solamente para ella, yo cubro los otros gastos con lo que me pagan por mi trabajo (hombre de 68 años).”

“Con ese bono (Renta Dignidad) yo pago el teléfono: alguna vez (lo) utilizo para sacar los productos de Avon que vendo para ayudarme; depende de la necesidad del momento (mujer de 63 años).”

“Compro para la tienda algunas cositas; pero de ahí también levanto para gastar en todo lo que se necesita para la casa (mujer, 65 años)”.

Gráfico 24

Ciudades del eje: Adultos mayores por quintiles de ingreso laboral según categoría ocupacional (%), 2010



Fuente: ECEDLA, 2010. Elaboración propia.

30 En 2008, año para el cual se dispone de información, el 51% de los ocupados en las áreas urbanas se encontraba por debajo de la línea de pobreza (UDAPE-PNUD, 2008).

“Gano poco pero tengo mi bono y un pequeño alquiler”

Genaro, 63 años, casado.

Dejé de estudiar un año antes de salir bachiller; pintaba carteles para publicidad en tela: dibujos y afiches para el cine, y también trabajaba en el cine en diferentes puestos. Estuve allí casi 10 años. También pintaba carteles para otros, eso ya era por mi cuenta. Cuando dejé el cine tenía clientes y me independicé. Como desde joven hice carteles publicitarios, tenía que seguir trabajando en eso.

Actualmente he cambiado cien por ciento de actividad, me he empleado en un billar. No sé hasta cuándo pero creo que va a ser permanente, unos dos años por lo menos quisiera estar en esto. Es un trabajo fácil, sólo tengo que controlar a

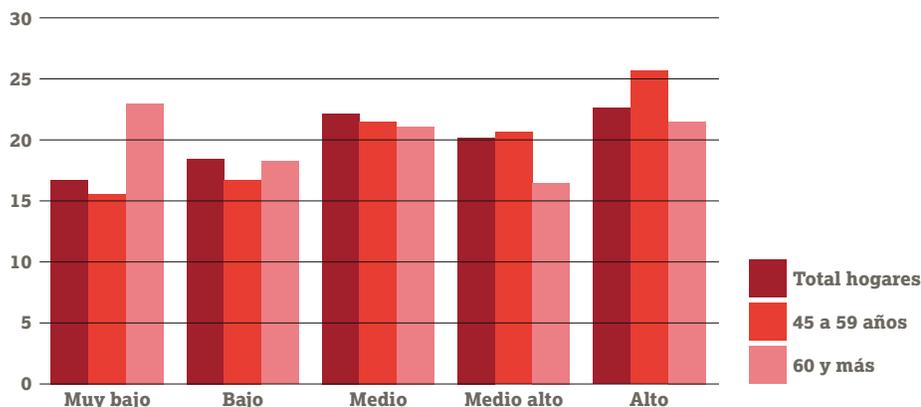
la gente; son ocho horas de lunes a sábado. Es divertido también, uno puede ver cómo juega la gente. Aunque hay algunos problemas: a veces hay chicos que se van sin pagar, uno está distraído, especialmente los chicos de colegio se escapan. Tampoco se gana para todos los gastos de la casa. Yo tengo mi bono (Renta Dignidad) y tenemos un garaje en la casa, que una persona alquila para guardar su carro; es una pequeña ayuda, pero de vez en cuando deja unos pesos. Si no fuera esto, no sé, yo nunca pensé en la jubilación... creo que tendría que recurrir a mis hijos, todos son muy buenos chicos.

La pérdida o disminución de ingresos laborales y la baja cuantía de las jubilaciones causa que la mayor parte de los adultos mayores contribuya menos a la economía familiar, lo que a su vez conduce a sus hogares a los escalones más bajos de la estructura social. El hecho que se debe destacar es que esta tendencia no se modifica ni siquiera cuando las perso-

nas siguen trabajando: aun así, más de la mitad de sus hogares permanece en los niveles socioeconómicos muy bajo y bajo, casi 20% más que los hogares con personas de entre 45 y 59 años. Ésta es otra forma de ver cómo la transición de las personas a la edad adulta mayor es en general sinónimo de un mayor empobrecimiento (gráfico 25).

Gráfico 25

Ciudades del eje: Adultos mayores ocupados según nivel socioeconómico^{1/} del hogar (%), 2010



^{1/}Quintiles de ingreso percápita del hogar. Fuente: ECEDLA, 2010. Elaboración propia.

e) Cobertura previsional

En 1997, con la reforma de la seguridad social, Bolivia reemplazó el sistema público de reparto basado en principios de solidaridad, por un sistema privado de capitalización individual (Sistema de Seguro Obligatorio o SSO). Bolivia fue uno de los pocos países de la región que optó por un modelo radical de privatización, que eliminó el aporte estatal y patronal, e hizo depender toda la jubilación de los magros salarios de los trabajadores.

Esta reforma, cuyo contenido fue financiero antes que social, se planteó tres objetivos: i) ampliar la cobertura de la protección social; ii) elevar y mantener la cuantía de las prestaciones de jubilación, y iii) lograr la sostenibilidad financiera del sistema mediante el autofinanciamiento, la eficiencia de las inversiones y el fortalecimiento del mercado de valores (Ley 1732 de 1996). Todas las evaluaciones posteriores mostraron que la privatización de la seguridad social fracasó en el cumplimiento de estos objeti-

vos: los sociales, pero también los financieros (Arze, 2003).

Como otros sistemas privados, el SSO se basa en el supuesto de que el mercado de trabajo genera ocupaciones estables y adecuadamente remuneradas, trayectorias laborales relativamente continuas y, por lo tanto, ahorros previsionales regulares y suficientes. Más aún, supone que los trabajadores independientes pueden generar ahorros para cotizar regularmente al sistema y acumular un número de cotizaciones que les garanticen una jubilación.

Nada más ajeno a la realidad del funcionamiento del mercado de trabajo en Bolivia, donde sólo un reducido porcentaje de trabajadores estables puede aspirar a una relativa protección social en la vejez.

En 2009, más de 10 años después de la creación del SSO, un millón 200 mil personas se habían afiliado a éste, incluyendo las que venían aportando en el anterior sistema; y, sin embargo, sólo el 45% aportaba regularmente a su jubilación. El mismo

año, los cotizantes al SSO representaban el 12,7% de la población ocupada y el 27,8% de los trabajadores asalariados, y en su mayoría provenían de las ciudades.

Además, su composición reproducía la desigualdad de género existente en el mercado de trabajo, pues apenas 3,5 de cada 10 cotizantes eran mujeres. Y, en contra de los supuestos de la reforma, un insignificante porcentaje de trabajadores independientes aportaba para su jubilación (4,3%). El 83% de los jubilados provenía del régimen previo (de reparto) y, en el 90% de los casos, su renta se financiaba por los aportes que habían realizado en este régimen. Esto significa que sus ahorros en las cuentas individuales establecidas por el SSO tuvieron en 12 años un rendimiento ínfimo, insuficiente para mejorar la cuantía de sus pensiones (Escóbar y Rojas, 2010).³¹

Por el fracaso de la reforma, en 2010 se procedió a una corrección que preserva el principio de ahorro individual del SSO, pero introduce cambios para reducir las barreras de acceso a la jubilación (edad, porcentaje del salario base, etc.) y, además, crea un fondo semi-contributivo, cuyo objetivo es solidarizarse con los trabajadores de ingresos bajos. Este fondo es financiado con aportes laborales y patronales, e impuestos a los ingresos personales altos. La nueva ley considera la renta universal de vejez (Renta Dignidad) como un componente no contributivo del sistema previsional.

Ahora bien, aunque estos cambios mejorarán la cuantía de las pensiones de los asalariados de bajos ingresos –a condición de que éstos no hayan aportado más de 15 años–, la verdad es que, pese a ellos, por las condiciones prevalecientes en el

mercado de trabajo, la cobertura del sistema y los beneficios del régimen solidario no llegarán a los sectores más pobres de la población (tal como se infiere de la situación previsional en las edades de transición a la vejez).

El 12% de los adultos mayores que trabaja aún aporta al sistema de pensiones (11.520 personas), 16% de los hombres y apenas el 7% de las mujeres. Son trabajadores asalariados de entre 60 y 65 años, con una densidad de aportes que les permitirá acceder a la jubilación. Como por lo general la cuantía de las pensiones resultará baja respecto a sus salarios, la mayoría ha optado por seguir trabajando hasta cuando le sea posible.

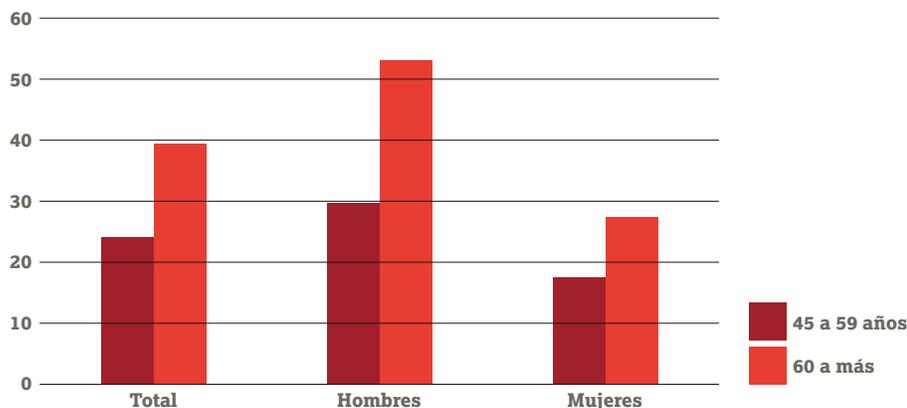
Con la reforma parcial que acaba de darse, algunos de ellos podrán acceder a una ayuda del fondo solidario, si cumplen el requisito de haber hecho 180 aportes. El resto podrá jubilarse con el 70% del salario mínimo nacional o algo más, dependiendo de cuál haya sido su ahorro individual.

Sumando al porcentaje de adultos mayores que ya está jubilado (26,8%) al porcentaje de personas que siguen trabajando hasta poder hacerlo en mejores condiciones (12,5%), resulta que al menos el 40% de las personas de esta generación obtendrá una pensión para costear su subsistencia. En esta situación se halla algo más de la mitad de los hombres y solamente una cuarta parte de las mujeres, cifras extremadamente reducidas si se considera lo que ocurría antes, durante la vida de estos adultos mayores, cuando el sistema de protección social y los mercados de trabajo ofrecían una mayor cobertura previsional (gráfico 26).

31 Como sucede con los asalariados, cabe de esperar que el porcentaje de los que cotizan regularmente al sistema sea todavía más reducido.

Gráfico 26

Ciudades del eje: Adultos mayores jubilados y cotizantes en edad de transición (%), 2010



Fuente: ECEDLA, 2010. Elaboración propia.

Por esta razón, las personas que ahora se encuentran en la etapa de transición –en particular en el tramo inferior de este rango– sufren un riesgo de desprotección social más elevado, pues durante su vida laboral estuvieron y están doblemente expuestos a inserciones laborales precarias y a la marginación del sistema previsional, dada su dedicación a actividades independientes, las cuales no cotizan para jubilación, y dada la mayor discontinuidad laboral causada por la libertad de despido³² implantada en el mercado laboral durante los últimos 26 años.

Como se observa en el gráfico 26, solamente el 24,1% (cerca de 30% de los hom-

bres y 17% de las mujeres) de las personas comprendidas entre los 45 y 59 años cotizan en el sistema de pensiones, esto es, una cobertura muy inferior a la que tuvo la generación actual. Aunque uno de los objetivos de la privatización del sistema era ampliar la cobertura de la seguridad social, particularmente a favor de los independientes, el resultado fue el contrario. La precariedad laboral propia de la privatización causará a mediano plazo una mayor desprotección social en la vejez, no solamente de las personas que ahora están en la etapa de transición, sino también de las que pertenecen a las cohortes más jóvenes.³³

32 La libertad de despido se produjo sin una reforma de la legislación laboral vigente y todavía goza de buena salud. Contribuyen a ello la falta de fiscalización del cumplimiento de las normas por parte del Estado, pero también el debilitamiento de la acción colectiva de los trabajadores.

33 Apenas una de cada cinco personas ocupadas en las ciudades del eje aportaba regularmente al sistema de pensiones en 2010.

“Me volvieron consultor”

Hugo, 64 años, divorciado

Estuve trabajando hasta los 55 años; a los 60 me he jubilado. Otros que recibieron el mismo trato que yo tal vez nunca tengan esa posibilidad. Era documentalista de una institución estatal, pero de un momento a otro me sacaron de planilla y me volvieron “consultor”. Dependía de la misma institución; solamente fue una maniobra que han hecho para no pagar beneficios sociales; o sea para no (tener que) asegurarnos. Seguía dependiendo de la misma institución con contratos temporales. Pero después de un tiempo ya estaba cansado de depender de jefes, quería ser independiente.

Ahora hago trámites para diferentes instituciones y para terceros, ante la alcaldía y ante Impuestos Internos en forma permanente. Siempre tengo trabajo: si no me dedicara a algo me puedo enfermar. Me gusta organizarme bien: salgo lunes, miércoles y viernes, y le dedico la maña-

na, exclusivamente la mañana (al trabajo), porque en la tarde me voy a mi casa a ver el cable (tv de pago): tengo Champions Liga, tengo básquet, todo eso.

Para mí es un trabajo sencillo, porque conozco bien la actividad. Más bien es una distracción; tengo muchos amigos y conocidos que me ayudan; hago relaciones sociales, me gusta el trato con la gente, estar en la calle, comentar sobre los trámites que debo hacer, preguntar dónde puedo buscar a una persona que me colabore; a veces me recomiendan dónde ir y así... Aunque se gane poco, es también mi actividad social.

El monto de mi jubilación sí es para vivir. Mi bono Dignidad viene junto con mi paqueta. Todo esto me sirve para comprar víveres, ropa y a veces colaborar a mis nietos. Ayudo a mi familia y ayudo a mis hijos también.

f) Precariedad laboral extrema

Los indicadores presentados muestran que el empleo de los adultos mayores tiene un alto grado de precariedad; un rasgo que comparte con el del resto de la población. Sus causas se encuentran en el atraso tecnológico del aparato productivo urbano, la carencia de puestos de trabajo calificados y la proliferación de prácticas empresariales de sobreexplotación directa e indirecta de la fuerza de trabajo.

El concepto de precariedad laboral agrupa a las formas de trabajo (algunas antiguas y

otras nuevas) que presentan todas o algunas de las siguientes características: i) discontinuidad del trabajo: duración corta, elevado riesgo de pérdida, incertidumbre; ii) incapacidad de controlar el trabajo: necesidad de estar en disposición permanente, jornadas extensas, subordinación absoluta a los empleadores, elevado índice de rotación funcional; iii) desprotección social del trabajador: ausencia de prestaciones sociales, alta discriminación y segregación en el acceso a los empleos; iv) bajas remuneraciones: salarios o ingresos mínimos, variables, sin promoción ni incentivos.

Para la medición del grado de precariedad laboral se consideran tres variables: estabilidad laboral, salarios o ingresos por debajo o por encima de un determinado nivel (el costo de la Canasta Normativa Alimentaria –CNA–)³⁴ y cobertura de las prestaciones previsionales. Se considera que una persona tiene un trabajo precario moderado cuando existe déficit en alguna de estas variables, y un trabajo precario extremo cuando el déficit está presente en todas ellas. A la inversa, una persona tendrá un trabajo adecuado o no precario cuando no haya déficit en ninguna variable.

El indicador aplicado a los trabajadores independientes incluye solamente dos criterios: salarios y aportes al sistema previsional, debido a las dificultades de medir la estabilidad laboral en este sector. En cualquier caso, la incertidumbre sobre la continuidad de sus actividades puede darse por sentada.

En 2010, en las ciudades del eje, el 15,6% de los ocupados tenía un trabajo adecuado; lo mismo que el 19,5% de los ocupados independientes y el 12,6% de los asalariados, lo que expresa el generalizado deterioro de las condiciones laborales del país.

Entre los trabajadores afectados por la precariedad laboral, el 54,7% tiene un trabajo precario extremo, esto es, no gozan

de estabilidad laboral ni aportan a su jubilación, y sus salarios o ingresos están por debajo de lo necesario para cubrir –incluso con limitaciones– el costo de reproducción de su fuerza de trabajo. La mayoría son trabajadores independientes. En cambio, los asalariados predominan entre los que tienen un puesto de trabajo precario moderado (58%), es decir, que tiene uno o dos déficits.

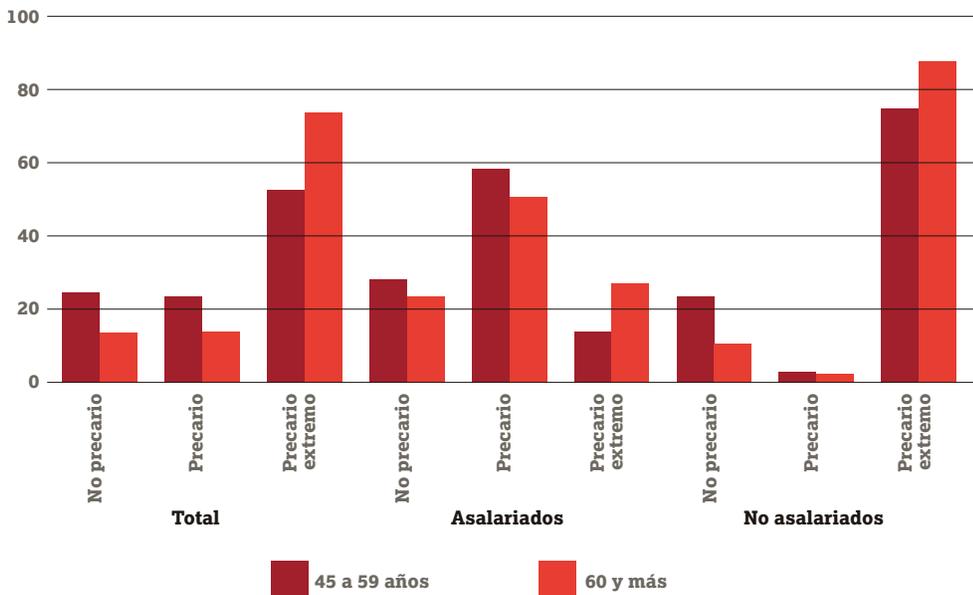
Los adultos mayores también sufren de condiciones laborales precarias. Sólo el 13,2% tiene un trabajo estable, bien remunerado, y cotiza al sistema previsional. Otro 13,8% tiene un trabajo de precariedad moderada, y el 73% un trabajo precario en extremo. Esto significa que la condición laboral de los adultos mayores es más desventajosa que la del resto de la población ocupada, lo que se debe a su mayor vinculación con el trabajo independiente. En efecto, el 90% de los independientes tiene un trabajo precario extremo, es decir, con déficit en los tres tipos de condiciones laborales (gráfico 27).

Por su parte, las personas que se encuentran en la etapa de transición a la vejez presentan un grado de precariedad más atenuado (mayor estabilidad e ingresos) si son asalariados, y están en el mismo nivel que los demás si son independientes.

34 Se ha adoptado este criterio considerando que, en promedio, hay dos ocupados por hogar y asumiendo que cada persona debiera contribuir al ingreso familiar al menos con el equivalente a una CNA. El promedio de ocupados en los hogares de los adultos mayores es de 1,8 personas. Para los propósitos de este análisis, se ha utilizado como indicador el ingreso per cápita en relación a la CNA.

Gráfico 27

Ciudades del eje: Calidad del empleo por categoría ocupacional (%), 2010



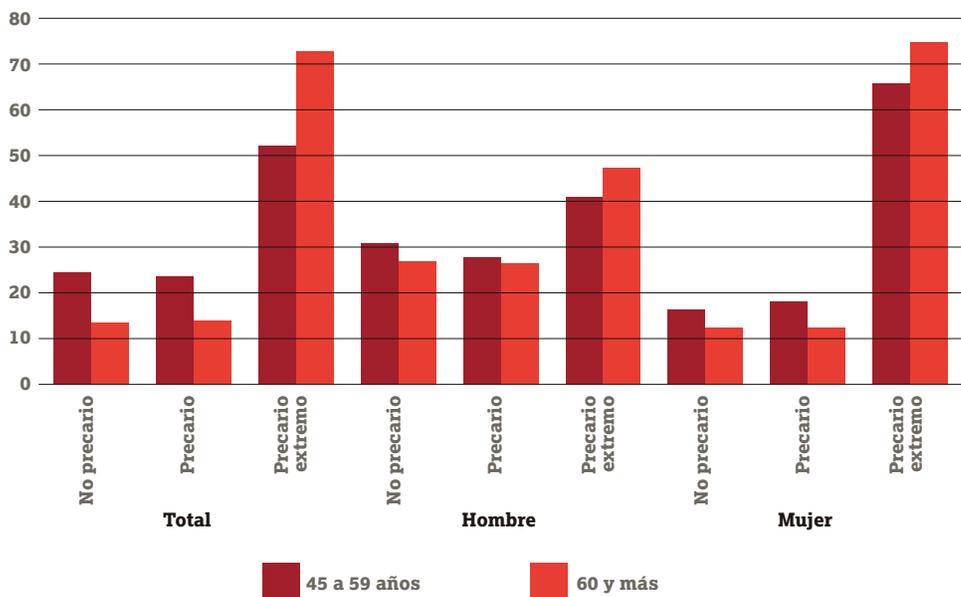
Fuente: ECEDLA , 2010. Elaboración propia.

Como en otros indicadores, también en éste las desigualdades asociadas a la división sexual del trabajo y a las limitadas opciones de trabajo para las mujeres, se trasladan a la vejez. Basta señalar que mientras cinco de cada 10 hombres mayores de 60

años están afectados por la precariedad extrema, siete de cada 10 mujeres se encuentran en la misma situación. Esto significa que para la mayor parte de las mujeres el trabajo es incierto y ni siquiera permite cubrir el costo de alimentación (gráfico 28).

Gráfico 28

Ciudades del eje: Calidad del empleo por sexo (%), 2010



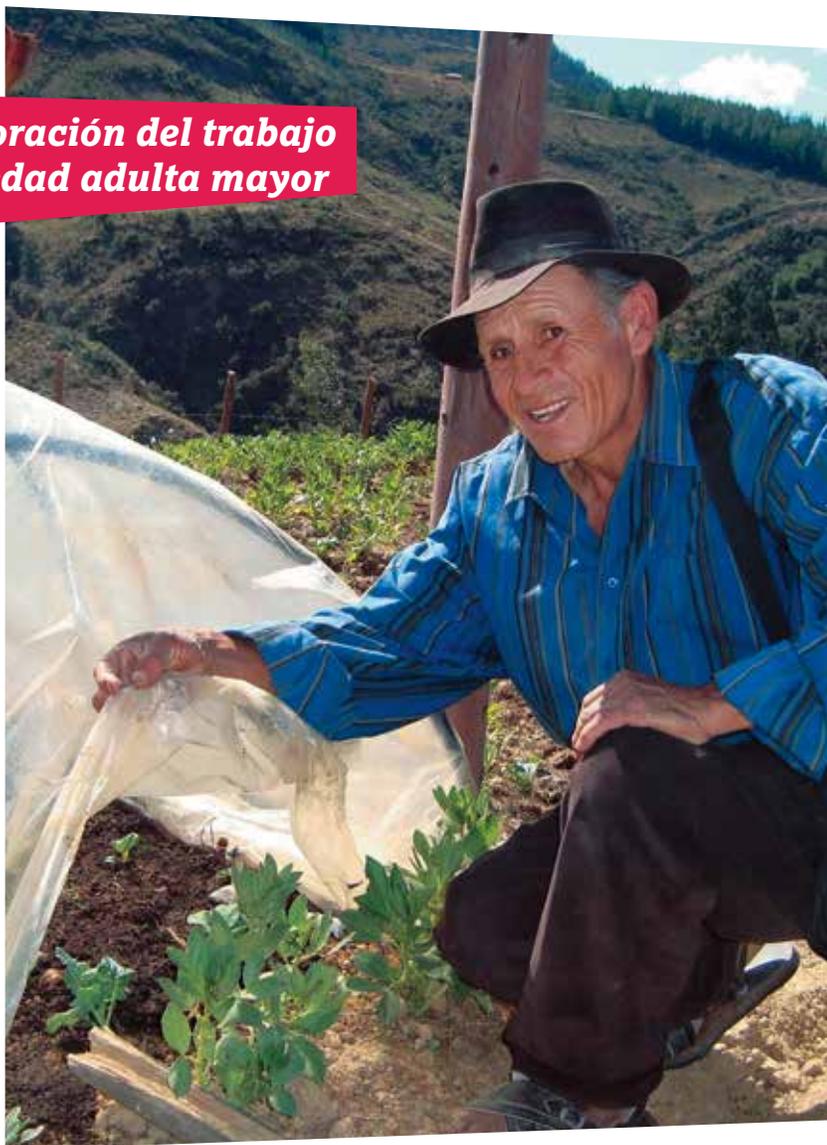
Fuente: ECEDLA , 2010. Elaboración propia.

Esta realidad no es muy distinta entre las personas en edades de transición, mostrando que el cuadro de precariedad laboral, desigualdad social y pobreza de los trabajadores tiende a agravarse.

Pese a esto, hay que tomar en cuenta que la valoración que hacen los mayores del tra-

bajo no siempre tiene un sentido económico y en muchos casos lo aprecian como medio de interacción e integración con su entorno y la sociedad, tal como se desprende de las opiniones recogidas en las entrevistas con ellos, las que se presentan en el siguiente apartado.

**5. Valoración del trabajo
en la edad adulta mayor**



Para cerrar este análisis sobre la participación de los adultos mayores en el mundo laboral, tengamos en cuenta lo que los propios interesados piensan sobre el trabajo, a partir de sus trayectorias, experiencias, expectativas, y la realidad de su vida cotidiana y de la de sus coetáneos. Para cumplir este propósito, se consultó su opinión respecto a si las personas de su edad debieran continuar trabajando.

Encontramos que, para la mayor parte de los entrevistados, el trabajo en edades avanzadas se reconoce como:

- i. Una necesidad económica, cuando no se cuenta con jubilación o cuando la cuantía de ésta es reducida, cuando no se dispone de ingresos propios no laborales (alquileres, transferencias o remesas, etc.), y se busca asegurar un mínimo de independencia económica respecto a la pareja, los hijos y otros parientes;
- ii. un medio de realización personal, que permite el despliegue de las propias ca-

pacidades en actividades de utilidad social para la familia o la sociedad, toda vez que la subsistencia se halla garantizada por ingresos propios o familiares;

- iii. un medio de relacionamiento social y afiliación a la sociedad. En ausencia de espacios institucionalizados de reunión, el trabajo permite satisfacer la búsqueda común de interacción con otros, uso de conocimientos o habilidades y, en general, mejoramiento de la calidad de sus vidas.

Las personas que se encuentran en las edades más avanzadas consideran que seguir trabajando depende de las capacidades intelectuales y físicas, pero que el tiempo no pasa en vano y ellos ya dieron lo mejor de sí a la sociedad. Por último, un grupo minoritario –el que dispone de medios de subsistencia– piensa que en la edad adulta es necesario emanciparse del trabajo. Estas y otras opiniones se transcriben con la voz de los propios adultos mayores:

Cuando la necesidad obliga

- No creo que tengamos que seguir trabajando, estamos cansados; por necesidad tal vez. En una actividad que sea liviana todavía se podría. Yo quisiera conseguirme un puesto para vender caramelos; eso no es muy pesado, o cuidar niños crecitos. Eso simplemente, nada más. (Entrevista-da de 64 años).
- Si mi esposo no tuviera jubilación, pues tendría que buscar alguna actividad que me dé ingresos. (70 años).
- Yo diría que las personas no deberían trabajar en su vejez, porque uno se cansa; pero la verdad es que cuando uno no tiene ingresos y quiere ayudarse no siempre se puede: hay que seguir trabajando hasta que Dios nos dé fuerza. Aunque hoy en día en que la situación está difícil para poder trabajar. (63 años).
- Es de acuerdo a la necesidad, porque algunos se han jubilado con muy baja renta, por ejemplo de 470 Bs, y eso no les alcanza; otros no tienen jubilación, (así que) quieran o no tendrán que seguir trabajando. (69 años).
- Creo que no; bueno, si hay necesidad no queda más que seguir trabajando, pero la gente ya no nos reconoce nada, siempre nos discriminan. Nosotros ya hemos aportado al país con nuestro propio sacrificio, con nuestros pulmones. Hemos trabajado duro para obtener esta jubilación, pero el gobierno no nos reconoce, nos discrimina hasta con los aumentos(a las pensiones) y (no atiende) otras necesidades que tenemos. (73 años).
- El trabajo para mí no es un fin, es un medio para subsistir. Lamentablemente, el dinero lo es todo. Sin dinero no sabría cómo vivir. A pesar que sólo hago algunos pequeños negocios, lo que gano me ayuda bastante, para no depender de mis hijos o de la caridad. (68 años).
- Por necesidad, qué voy a hacer; el dinero que gano es muy necesario mi esposa, una hija y cuatro nietos, todos viven en mi casa; mi hija trabaja pero gana poquito. A mi edad, imagínese, el cuerpo ya no da. Si se da cuenta es algo ya muy cansador. Hay clientes malos que no entienden, que lo bajonean al obrero como si fuera cualquier cosa. No obstante que este es un oficio que cuando uno es bueno debía ser reconocido, hay gente que no sabe nada de nada. (60 años).

Trabajo como realización personal

- Todo tiene su tiempo, por eso ya no trabajo; en la casa nomas estoy y ahora chochando con el nieto y estoy empezando a tejer. Antes me hacían pedidos, tenía mis contratos, pero de eso también ya me he jubilado. Tal vez me gustaría tener una tienda de arreglos florales, adornos, manualidades, porque no es un trabajo pesado y soy hábil para eso; lo haría creativamente, porque cuando uno va a comprar un arreglo floral te dan lo mismo para cumpleaños que para entierros, no hay diferencia. La cuestión es económica, porque tener un lugar donde uno pueda ofrecer (los productos) a la gente, tener un depósito y traer flores, requiere de inversión, porque las flores llegan de Colombia, no siempre son de acá. (60 años).
- Claro que me gustaría seguir trabajando, porque todavía tengo fuerzas. Quizá como cajera nuevamente, porque me gusta mucho la contabilidad. Yo le podría dedicar todo mi tiempo a eso. (64 años).
- Mientras uno pueda, debería trabajar. A mí me gustaría tener un negocio, por ejemplo un negocio de movilidades, es lo que quisiera, pero se necesita capital... Por ahora estoy bien nomás con mi jubilación. (66 años).
- Es muy relativo. Yo tengo la filosofía de que se debe seguir trabajando siempre que se tenga las capacidades mentales y físicas. Hay personas mayores que se jubilan y hacen una vida sedentaria –creo que es psicológico—y ahí llegan los achaques y se enferman. La actividad siempre es salud. (60 años).
- Mientras uno es relativamente joven y puede hacerlo, hay que trabajar. (61 años).
- La actividad es muy importante para las personas mayores. Yo creo que el intelecto humano es tan grande que da la capacidad para realizar actividades (hasta la vejez), de acuerdo a la experiencia, a la profesión que uno tiene. Entonces es importante seguir empleando las facultades mentales y físicas, aunque lógicamente estén disminuidas. Tenemos un cúmulo de conocimientos. Hay que tratar de transmitirlos y emplearlos en beneficio de otras personas; esa es la actividad más importante de la vida. (77 años).

El tiempo no pasa en vano

- Antes sí buscaba trabajo, pero ahora ya no. No tengo ya interés ni ganas de tener una ocupación. No sé, estoy tranquila en la forma que vivo, porque tenemos la jubilación de mi esposo. (70 años).
- Yo pienso que depende de la salud, del estado que se encuentra la persona, porque hay personas de mi edad que son jóvenes y no tienen problemas de salud, y hay otras que ya no podemos trabajar. (65 años).
- Yo creo que ya no hay fuerzas. Si yo me sentiría ahorita con fuerzas diría que los de mi edad deben trabajar, pero ya no es así. (73 años).
- La verdad es la siguiente: si el país, si el gobierno, si las leyes estuvieran bien, si los trabajadores estuvieran bien remunerados, con buena alimentación, entonces el trabajador podría trabajar tranquilamente hasta los 65 años, porque dicen que en otros países trabajan así. Hay países donde los trabajadores ganan poco, entonces son gente que no está bien alimentada y pronto ya no tienen fuerzas, están cansados, se enferman. Ahora, en caso de que la remuneración económica mejore, poco a poco los trabajadores podrían trabajar más años; pero ahorita no es el caso aquí. (69 años).
- Yo me hallo capaz de seguir trabajando, pero estoy impedido porque ya tengo fallas en la vista. Eso es lo único que perjudica, porque de otro modo estaría postulando para seguir trabajando de una u otra manera. De hecho después de jubilarme en el magisterio he trabajado por años en transporte internacional... (80 años).
- Ya no se puede tener una actividad fuerte. Trabajar en alguna cosa de acuerdo a mi edad, eso quisiera yo. No trabajar en construcción, levantar cosas pesadas, porque uno ya no tiene esa fuerza. En el periódico sé leer que piden sereno, portero, cuidadores; a veces llamo: “Venga”, me dicen, pero no me animo, porque a veces tomo... ¿Qué puedo hacer? (62 años).

Emancipación del trabajo

- Pienso que las personas como yo deberíamos realizar alguna actividad, no necesariamente trabajar. Es muy importante estar activo, mantener la motricidad del cuerpo, la mente; para relacionarse con otros, para sentirse bien. Pero realizar un trabajo forzado por la necesidad no creo que sea bueno para nadie. Es preferible vivir estirando lo poco que uno tiene. (62 años).
- Seguir trabajando cuando uno ya es mayor depende de varios factores. Uno, de las necesidades que a veces obligan a la gente a seguir trabajando; otros lo hacen por hobby. También hay personas que se jubilan, se encierran y envejecen rápido, se enferman, les viene depresión. Aunque no se qué depresión puede haber, porque a mí me falta tiempo para otras actividades después de haberme jubilado. (60 años).
- Después de jubilarme todavía seguí trabajando en colegios privados durante 4 ó 5 años. Pero mi salud se ha ido deteriorando un poquito y me he dedicado a otras actividades que me han ayudado bastante. He ido a una universidad del adulto mayor, he estudiado música, inglés, repostería, todo lo que he podido. En mis horas libres he cuidado a mi nieto, no me he quedado inerte, porque pienso que eso no es bueno para una persona. Además asisto a una iglesia evangélica y me he llenado de la palabra del Señor; eso me hace sentir muy bien”. (65 años).
- Hay que estar activo de cualquier manera: uno puede dedicarse a muchas actividades: a la música, puede dedicarse a trabajos manuales en el hogar, colaborar a la familia... hay miles de actividades hasta que nuestras facultades se pierdan completamente; el ser humano puede todo; lo que vale es hacer las cosas de la mejor manera. (73 años).

6. El trabajo doméstico no remunerado: la contribución invisible de las mujeres adultas mayores



El trabajo es un conjunto de esfuerzos que realizan hombres y mujeres en el espacio público (esfera mercantil), pero también en el espacio privado (esfera doméstica); en conjunto, las actividades remuneradas y no remuneradas dirigidas a la producción de bienes y servicios, dentro y fuera del hogar, constituyen el trabajo necesario para la reproducción cotidiana y el desarrollo de la sociedad.

El trabajo doméstico no remunerado comprende diferentes tareas, como la elaboración de alimentos, la limpieza y el arreglo de la casa o el vestuario, el cuidado de otros miembros de la familia (niños y adultos), y otras tareas de servicio personal. Estas labores de casa generan bienes y servicios para la subsistencia de los miembros del hogar; sin embargo, su contribución no es reconocida, de modo que en gran parte resultan invisibles, económica y socialmente;³⁵ lo que se valora y, por tanto, se considera “trabajo” en el capitalismo es el que se realiza para el intercambio en el mercado, y no el trabajo para producir cosas útiles y necesarias.

Por otra parte, la división del trabajo por sexo proyecta una imagen que considera la actividad masculina, que se desarrolla principalmente en el espacio público, como productiva; mientras que las actividades realizadas en el espacio doméstico, generalmente por mujeres, son catalogadas como reproductivas. En el caso que nos ocupa, aunque algunos adultos hombres realizan tareas del hogar, el gran peso de

las tareas domésticas y del cuidado de los miembros de la familia sigue a cargo de las mujeres, realicen éstas una actividad económica mercantil o no. Los relatos recogidos en las entrevistas corroboran que la asignación de responsabilidades domésticas a las mujeres no ha sufrido grandes modificaciones.

Por lo tanto, el hecho que un porcentaje elevado de las mujeres adultas mayores no haya logrado incorporarse en el mundo laboral no significa que “no trabaje”, sino que la mayoría sigue contribuyendo a la reproducción material de la familia con trabajo doméstico no remunerado; sin embargo, como sucede en otros grupos de edad, esta actividad pocas veces es vista como trabajo, incluso por las propias mujeres.

Las mujeres en edades avanzadas viven en pareja por más tiempo que los hombres; también viven –en un mayor porcentaje que éstos– en hogares multi-generacionales, donde se ocupan en tareas de cocina, limpieza, crianza de los nietos o cuidado de miembros de su generación. Una realidad que desmiente la idea con la que suele mirarse a este grupo de personas, ya sea como “inactivas” o dependientes del resto de la familia.

En contraste con su enorme contribución a la manutención de la familia y a la posibilidad de que otros miembros del hogar salgan a vender su fuerza de trabajo, las actividades que se realizan en la esfera doméstica tienden a ignorarse, y mucho más en la edad adulta.

35 *Los debates actuales sobre género y trabajo plantean que el trabajo doméstico no remunerado debe ser considerado y medido, para dar cuenta de su contribución a la generación de riqueza, a la reproducción del sistema económico y al desarrollo de la sociedad capitalista.*

Los testimonios de los entrevistados, mujeres y hombres, entregan múltiples evidencias de que no se considera como trabajo las tareas domésticas del hogar y que éstas están asignadas a las mujeres. La mayor parte de las personas se sienten obligadas a realizarlas, otras las ven como un medio para sentirse útiles y activas, y, otras más,

como una forma de mostrar reciprocidad a los otros miembros del hogar.

Por último, los testimonios ilustran cómo las tareas reproductivas y de cuidado (propias, de los hijos o de los padres) limitan el rol de las mujeres mayores en la esfera pública, como sucede siempre.

Cosa de mujeres

- **Nunca he tenido empleada. Entonces, me he adiestrado para hacer todo lo que tiene que hacer una mujer: cocino, lavo, plancho, recojo la casa, hago limpieza en general. Nadie me ayuda ahora. Soy papá y mamá de mis tres hijos; ellos me ayudaban bastante mientras yo trabajaba. Soy maestra jubilada y pienso que una persona tiene que valerse por sí misma, pese a los problemas de salud que tenga. Hace un año tengo en la casa a mi nietito de seis años. Por razones de trabajo mi hija no lo puede tener y está conmigo; con mayor razón hay que ocuparse de todo. (Entrevistada de 64 años).**
- **Hago todos los trabajos del hogar: el aseo, cocinar, limpiar a los perritos, darle la ropa al caballero. Soy empleada sin sueldo, sin vacación y sin feriados. Las tareas de la casa siempre las he realizado yo, aun trabajando. Antes de que me jubile trabajaba en una escuela, venía y atendía la casa, venía rápido a cocinar. No es que (estas tareas) me gusten, sino que estoy obligada a hacerlas, me cansan, porque tengo cuatro vértebras lesionadas y no puedo hacer mayores esfuerzos; entonces lo hago con mucha dificultad. (60 años).**
- **Yo tengo una educación bastante especial: fui huérfano, mi padre se fue a los tres meses de haber nacido yo; entonces mi tío político me acogió, se apoderó de mí como su hijo. Yo cogí un poco la mentalidad de él, que era un poco machista: no me dejaba entrar a la cocina. Ahora comemos en el mercado, aunque eso es un poco peligroso para mí, por los contagios. La señora que me acompaña –mi pareja– es la que se encarga del lavado de ropa y de las actividades domésticas. (68 años).**
- **Yo no más arreglo, yo no más mantengo el lugar. Qué puedo hacer, estoy solo. Tiendo la cama, hago la limpieza, pero no como lo hacía mi señora, que cocinaba, limpiaba los pisos, la sala. Mayormente tampoco cocino; estoy pensionado y voy a algún lugar a comer, como ahora, que he ido por un platito que me voy a servir. (60 años).**
- **Algunas veces tengo que sacar tiempo para hacer cosas de la casa, aunque yo trabajo de seis a seis. Mi espo-**

sa también hace el trabajo que se necesita en la casa. He visto a algunos padres que sufren más que los hijos, porque están cargando a los nietos. Por suerte me han liberado de esa parte ellos ya tienen sus hogares. (65 años).

- Bueno, yo cocino, lavo, limpio, plancho esas serían las actividades que hago en la casa. Ir a hacer compras, organizarme y verla a mi mamá, que

está muy ancianita, esas son mis tareas diarias. Siempre ha sido así, nunca he tenido ayuda; aun cuando estaba trabajando, igual no tenía ayuda. (62 años).

- Hago cosas constantemente, como arrinconar la casa, mover los muebles alguna vez, mejorar el ambiente; pero cocinar y otras actividades (diarias) no. Como vivo con mi esposa, ella hace esas actividades. (77 años).

El no-trabajo

- No, no trabajo. Hago los quehaceres en la casa: lavar, cocinar, cuido a los nietos. Con eso es con lo único que ayudo a mis hijos, nada más. Una hija que tengo, que es enfermiza, no trabaja tampoco; ella me ayuda en la casa. (63 años).
- En la casa hago lo de siempre: limpiar, cocinar, todo lo que se necesita; también lavar y planchar. Como estoy sin hacer nada, entonces me distrae también. Sí, me gusta mantenerme ocupada. Antes me dedicaba al trabajo íntegramente, porque tenía a mi mami y ella me atendía. Ahora yo hago lo mismo con mi hijita: ella está como auxiliar en una universidad, así

que no para mucho en casa, generalmente sale. (63 años).

- Yo no puedo hacer cosas en la casa; alguna vez cocino, pero generalmente me hago ayudar con una persona que contrato; estoy delicada, con artrosis. Me dedico más a cuidar a mi mamá; eso es toda la semana, todos los días; ella es como wawa. Las dos nos acompañamos. (65 años).
- Francamente, a esta edad somos una carga para la familia. Yo les ayudo cuidando a sus hijos, les ayudo en todo lo que puedo. No quisiera que mis hijos tengan problemas por mi culpa, eso es lo que me da miedo. (62 años).

Trabajo compartido: una excepción

- El trabajo de la casa normalmente lo hacemos entre todos: a ratos somos cocineros, lavaderos, otras trabajamos. Mi esposa trabaja en comercio, todos ayudamos entonces, hasta los chicos, que son cocineros. A veces también en el taller todos trabajamos. Ahí no hay horario, no hay feriado, no hay descanso. (60 años).
- Me gusta hacer las cosas de la casa, pero la cocina no tanto. Antes, cuando trabajaba mi esposo, tenía empleada doméstica. Ahora hacemos trabajo conjunto. A la fuerza tengo que cocinar y el resto de las actividades las compartimos con mi esposo y mis hijos, que viven arriba en un departamentito. (70 años).
- Ahora me gusta preparar los alimentos y hago un poco de aseo en la casa. Cuando vivía solo me dedicaba a lavar ropa, planchar camisas, todo eso, pero desde que me casé me dediqué a trabajar de lleno, y ya muy poco me dedicaba a los quehaceres de casa. (80 años).

***7. El núcleo familiar:
solidaridad y reciprocidad***



Como se ha podido constatar, la precariedad laboral, el desempleo, la disminución o la falta de ingresos, la modificación de las actividades cotidianas luego de la jubilación, la pérdida de contactos sociales y la falta de espacios de participación social son la realidad que viven los hombres y las mujeres durante su vejez. Las formas de enfrentar esta realidad son diferentes según la posición socioeconómica y el género de las personas, pero tienen un denominador común: se enmarcan en la familia, la red más cercana de relaciones de solidaridad y reciprocidad.

La familia, entendida en su acepción restringida, como “hogar”, es una organización estructurada a partir de relaciones sociales entre personas que comparten una misma residencia y organizan en común – en armonía o conflicto– su reproducción económica y social. En su acepción más amplia, es un ámbito social en el cual se crean y recrean relaciones de intercambio, poder, solidaridad, reciprocidad y conflicto, que se fundan en una determinada división del trabajo, en la cual se asignan las funciones por género, parentesco y edad (Léporé y Salvia, 2002).

Las funciones y arreglos para la subsistencia que dependen de las relaciones familia-

res son heterogéneas y se derivan de la inserción particular de la familia en la estructura social o las relaciones de clase, y por la participación de cada uno de sus miembros en las relaciones sociales de producción. Si bien este asunto no es objeto del presente estudio, los testimonios de los entrevistados muestran, en general, la importancia de las redes familiares para la subsistencia de las personas mayores. Éstas pertenecen a diferentes grupos sociales que les transfieren o comparten con ellas los escasos recursos disponibles, viven en su propio hogar o integrados en los hogares de los hijos.

Mientras la mayor parte de los adultos mayores viven en hogares inter-generacionales, en los relatos que hacen los entrevistados aparecen situaciones como las siguientes: i) cuando viven con los hijos no necesariamente pasan a ser dependientes económicamente de ellos; ii) en ausencia de ingresos propios, los intercambios están marcados por la reciprocidad: el trabajo no remunerado en las múltiples tareas del hogar cobra especial valor; iii) los adultos mayores que viven en hogares compuestos contribuyen casi siempre con la vivienda, el principal ahorro que han hecho a lo largo de su vida.

Gastos compartidos

- Vivo con mi esposo que está jubilado y aquí en esta misma casa viven mis hijos; tenemos arriba un departamento pequeñito. Todos estamos juntos en la alimentación, y ellos dan una parte del dinero y yo otra parte. Esta es la casa de mis hijos y hay alquileres, pero precisamente esa es la ayuda que ellos dan. (70 años).
- No soy una persona dependiente, aunque vivo con mi hijo y mi nuera. Hago repostería a pedido hace más de 30 años y vendo productos Avon. Tengo mi bono que cobro cada dos o tres meses, según mi necesidad. Yo pago el teléfono, compro algunos víveres; en realidad hacemos los gastos entre todos. (63 años).

Una suerte de reciprocidad

- No me alcanza mi dinerito por eso es que vivo con mis hijos, cuido a mis nietos y, aunque no sea gran cosa, con mi bono ayudo a mi hijo para algún gasto que haga falta. Un domingo compro un kilo de carne, cuarta de papa, alguna otra cosita les compro a mis nietos, me guardo (algo de dinero) para pasajes, para eso nada más; no es mucho tampoco: 200 pesos no es mucho. Claro que mis hijos no quieren que gaste, pero soy un poco delicada. En algo por lo menos hay que aportar. (68 años).
- Bueno, yo tramité mi renta muchísimos años, pero demoré demasiado. Entonces hice que me devolvieran toda mi renta de forma global, y ese dinero lo he distribuido entre mis hijos. Son ocho mis hijos. Ahora ellos me envían dinero mensualmente: el uno o el otro, como si yo estuviera percibiendo una renta. Entonces esa es la forma en que yo me mantengo económicamente con mi esposa. Tampoco tenemos mayores necesidades. Entonces para nosotros la vida se nos hace bastante fácil por el momento. (77 años).
- Como mi hija trabaja, viene a almorzar de lunes a viernes. A veces ella me regala, me lo paga la luz, el teléfono; ella me ayuda con algunos gastos y yo le ayudo con el almuerzo; a veces a mis otros hijos también. Ellos ya están trabajando. El Edwin a veces me ayuda a pagar algunas cosas, así nos colaboramos. (65 años).

Ayuda a los hijos y padres

- ¿Sabe qué pasa? La labor de una madre nunca termina. También hay que ayudar a los hijos. Yo gasto en mi alimentación, en mi vivienda, en todo lo que necesito, pero también ayudo a mis hijos, a pesar de que ellos están casados (tengo dos hijos casados), pero los tengo que ayudar en todo lo que pueda; inclusive del nieto cubro todos los gastos. (62 años).
- Uso mis ingresos en lo que se necesite. Hago mis trabajitos porque la renta no alcanza. Ahora, por ejemplo, hasta que mi hijo –que es médico– se estabilice, hasta que tenga una situación sólida, lo ayudo un poco, porque están pagando alquiler; y a fin de que vivan tranquilos, hasta que la esposa tenga también solvencia. (60 años).
- Tenemos un hijo que todavía está estudiando, aunque con poco, todavía lo estamos solventando a él. También vivimos con mi mamá: me he hecho cargo de ella. Con la jubilación de mi esposo vemos los dos por la economía (de todos). (62 años).
- Actualmente vivo con mi mamá y mi hijo, a mi hijo le ayudo con el almuerzo no más; mi mamá tiene su renta que le ha dejado su esposo. (65 años).
- Mis cuatro hijos están en la Argentina, trabajan como costureros y allí viven como inquilinos. Yo fui, pero no pude acostumbrarme. Me gusta vivir en mi propia casa y a mi manera. A mi hija le ha dejado su marido, por eso se fue donde su hermana. Le hago giros cada mes; a veces a mi hijo también. A mis nietos les doy sus recreos; al final todo lo que uno tiene es para los hijos. (62 años).
- No trabajo, estoy en mi casa, soy jubilado. He trabajado 30 años en una empresa textil de El Alto. A esta edad ya no nos reciben en los trabajos, sólo los jóvenes trabajan. Soy viudo; vivo con mi hijo Juan y su familia. Tengo una casa de dos pisos; yo tengo mi cocina en el último piso, me cocino aparte, pero siempre estoy con mis hijos y mis nietos los llevo a jugar balón, a pasear, todo eso. Pero me gusta mi independencia. Cada quien tiene sus propios gastos, pero a veces mi hijo me dice: —“Papá no tengo”. — “Ya hijo, te lo voy a comprar algo de ropa, cuál es”, — le digo. Tiene que ir bien vestido zapatitos le regalo o alguna camisa. Tiene que estar presentable, tiene que ir a educar (es profesor). (67 años).

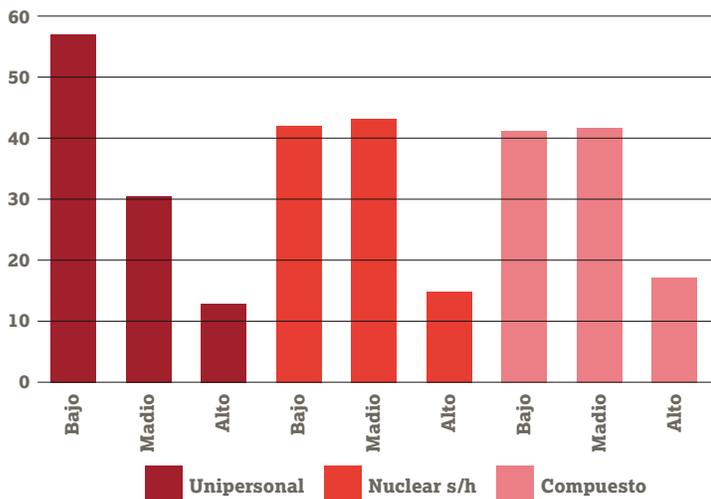
Así, se puede concluir que las condiciones de vida en la vejez no sólo dependen de la inserción laboral o la capacidad de pago, sino también de las características de la red familiar del adulto mayor. La información cuantitativa también entrega evidencias al respecto: la probabilidad de caer en la pobreza es mayor cuando los adultos mayores viven solos (56,8%); disminuye cuando viven en pareja sin hijos (42%), y algo más cuando viven en hogares inter-generacionales (41%). Dado que la mitad de los hogares de las principales ciudades del país se encuentra debajo de la línea de pobreza (INE, 2008), el riesgo de permanecer en esta situación durante la edad adulta no desaparece, sino que se atenúa gracias al apoyo familiar (gráfico 29).

Algunos estudios realizados en América Latina afirman que la pobreza no debe asociarse directamente con la vejez, ya que en la mayoría de los países la incidencia de ésta es menor en hogares con personas adultas mayores, que en los que carecen de ellas (CEPAL, 2003). Sin embargo, este dato hay que observarlo con cuidado, ya que la frontera entre el pobre y el no pobre en la vejez es frágil (SENAMA, 2009).

En efecto, tomando como indicador el nivel socioeconómico de los hogares, se puede evidenciar que, hacia 2010, el 45% de los hogares con adultos mayores –ocupados o no– se encontraba en los escalones más bajos de la estructura social, un porcentaje superior al del conjunto de la población urbana (41%) y, en particular, de los hogares con

Gráfico 29

Ciudades del eje: Adultos mayores por nivel socioeconómico ^{1/} según tipo de hogar (%), 2010.



^{1/}Quintiles de ingreso per cápita del hogar. Fuente: ECEDLA, 2010. Elaboración propia.

personas en edades de transición a la vejez (35,5%). Es decir, que las personas mayores son más vulnerables a la pobreza, debido a la progresiva disminución de sus ingresos, que a la vez se origina en la baja cobertura de la jubilación y en un menor acceso a empleos y ocupaciones de calidad.

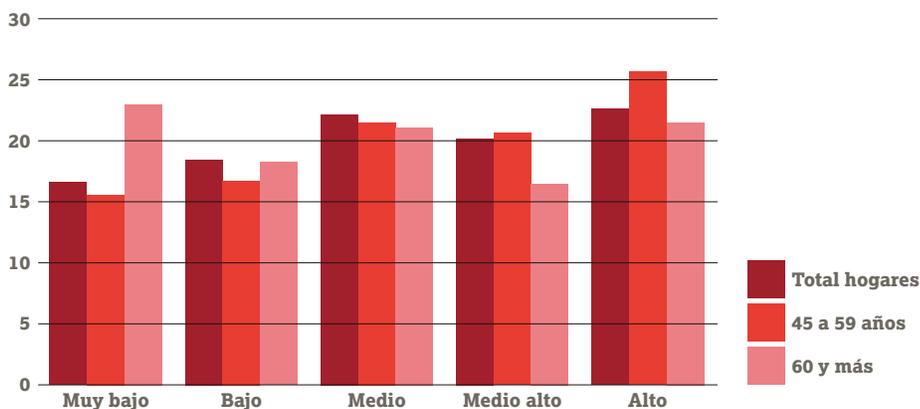
Comparando esta situación con la de los hogares de las personas que se hallan en la etapa de transición a la vejez, se puede concluir, como otros autores (Woolf, 1989), que la edad adulta mayor implica una condición de fragilidad, y durante ella las personas descienden a niveles de pobreza con mayor facilidad que en las etapas previas de la vida. Sin embargo, es importante observar las diferencias dentro de la misma

generación, pues un tercio de los hogares con adultos mayores logra mantenerse en una posición económica expectable (niveles medio alto y alto). Esta proporción (un tercio) es la misma que la de los niveles socioeconómicos superiores respecto a la población total.

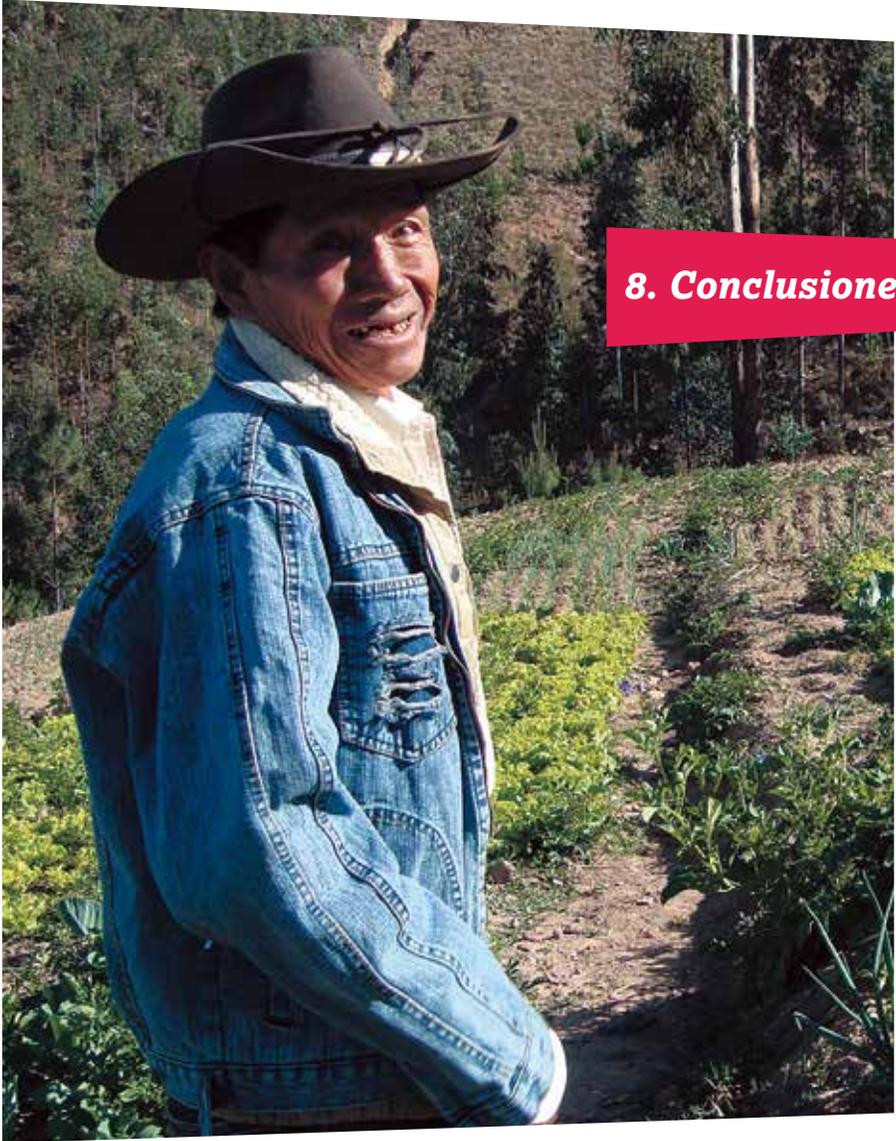
Más que a la edad, la heterogeneidad de condiciones responde a la reproducción de las desigualdades acumuladas durante el ciclo de la vida. Así, los hogares de los adultos mayores son menos vulnerables cuando poseen bienes materiales patrimoniales, bienes educativos, oportunidades de generar ingresos laborales y, lo más importante, ingresos por concepto de jubilación (gráfico 31).

Gráfico 30

Ciudades del eje: Adultos mayores ocupados según nivel socioeconómico del hogar ^{1/} (%), 2010



^{1/} Quintiles de ingreso per cápita del hogar. Fuente: ECEDLA, 2010. Elaboración propia.



8. Conclusiones

El objetivo de este trabajo fue entregar al lector un cuadro descriptivo de la forma en que los adultos mayores se relacionan con el mundo del trabajo urbano, sobre la base de información de las principales ciudades del país: La Paz, Cochabamba, Santa Cruz y El Alto. El balance muestra que en la vejez las personas siguen interactuando de diversas maneras con la estructura económica, con las especificidades propias de las sociedades con sistemas de protección social poco extendidos y de baja calidad, de sus propias historias laborales, de su pertenencia a hogares socialmente diferenciados, y del comportamiento del mercado laboral.

En respuesta a una lógica mercantil que transfiere a los individuos y sus familias toda la responsabilidad de la reproducción física y social en la vejez, se dan situaciones de gran heterogeneidad, marcadas por la mayor o la menor urgencia de generar ingresos para la subsistencia. Estas situaciones tienen como denominador común una inserción laboral predominantemente precaria, un rasgo que comparten con las del resto de los trabajadores.

Destaca también la importancia del trabajo doméstico no remunerado de los adultos mayores para asegurar su subsistencia y la de otros miembros de la familia, en un marco de reciprocidad y de apoyo mutuo. Esto es más evidente en el caso de las mujeres, quienes en la edad adulta mayor siguen contribuyendo significativamente a la reproducción material de la familia, mediante la realización de actividades de cocina, limpieza, arreglo del vestuario y cuidado de los niños y de otras personas mayores, las cuales permiten que otros miembros de la familia extendida salgan a vender su fuerza de trabajo.

De esta manera, se verifica ampliamente la hipótesis que ha orientado este análisis: el trabajo y los ingresos que provienen del trabajo, así como el trabajo doméstico no remunerado, siguen teniendo un papel central en las estrategias de vida de los adultos mayores y sus familias. Mientras tanto, la ausencia de políticas de protección social que promuevan y garanticen los derechos individuales y colectivos de los adultos mayores, anticipándose a los acontecimientos, prolonga la situación de pobreza que la mayor parte tuvo durante su trayecto laboral y de vida, hasta la vejez.

a) Los adultos mayores participan en tasas elevadas y crecientes en la actividad económica urbana, y su permanencia en el trabajo hasta edades avanzadas supera la de sus pares en la mayor parte de los países de la región.

La importante concurrencia de los adultos mayores a la actividad económica es consistente con el menor grado relativo de desarrollo capitalista del país, al que se asocia la baja cobertura y calidad del sistema de seguridad social (solamente una de cada cuatro personas accede a la jubilación). A esto se suma, en el último decenio, el aumento del desempleo y la persistencia de bajos salarios en todos los sectores del mercado de trabajo, lo que con frecuencia convierte la contribución de los adultos mayores en imprescindible para cubrir los costos de la subsistencia personal o familiar. Más de la mitad de los hombres y un tercio de las mujeres mayores logran incorporarse a la actividad eco-

nómica; mientras que otros que necesitan, quieren y pueden seguir trabajando no logran hacerlo y caen en el desempleo o se retiran de la actividad económica; como se desprende de los relatos recogidos en las entrevistas, esto último generalmente no ocurre en forma voluntaria, sino a causa de la imposibilidad de encontrar un empleo o de contar con recursos (capital, conocimientos), para realizar alguna actividad.

Existe una serie de factores que hacen posible que algunos continúen trabajando en la vejez; entre éstos, una estructura económica fuertemente asentada en actividades terciarias no capitalistas o mercantiles simples, que abre espacios al trabajo independiente. También la trayectoria laboral de las personas, puesto que muchas permanecen en el mismo trabajo que vinieron realizando toda su vida, sin cambiar las relaciones laborales en las que estaban inmersos. En este proceso tienden a reproducirse las marcadas diferencias laborales y educativas que se dan entre los sexos, inclusive el hecho de que las mujeres abandonan el mundo del trabajo antes.

El trabajo es la fuente principal de bienestar económico y social para cuatro de cada diez adultos mayores; y la situación para los otros cuatro que no tienen jubilación ni trabajan es de extrema vulnerabilidad social, algo que no constituye una preocupación prioritaria de la agenda pública. Entretanto, el mercado de trabajo sólo ofrece desempleo y precariedad laboral a los más jóvenes, lo que amenaza con perpetuar la situación descrita, unas veces forzando al trabajo de los mayores hasta la muerte, y otras profundizando su situación de pobreza.

b) La mayor participación laboral de los adultos mayores tiende a compensar los efectos del desempleo o del retiro forzoso de los jóvenes del mercado de trabajo.

En los últimos diez años, la creciente presencia de los adultos mayores en la actividad económica ha estado estrechamente relacionada con el aumento del desempleo de entre los jóvenes y su retiro del mercado de trabajo (por el “efecto desaliento”), como también con los bajos ingresos con que se remunera a la mayor parte de los ocupados. Esta situación ha llevado a que la necesidad de trabajar sea cada vez más urgente y que la contribución de los adultos mayores sea fundamental, no sólo para la conformación del ingreso familiar, sino también para la producción de bienes y servicios, al que contribuyen mediante su trabajo doméstico no remunerado.

Se observa que, con el paso del tiempo, el patrón de las tasas de participación por edades se invierte: es mayor en las edades avanzadas y menor en las más jóvenes. Una cuestión que comienza a ser naturalizada inclusive por los propios adultos mayores, cuando señalan la necesidad de seguir trabajando porque tienen la responsabilidad de sustentar económicamente a los hijos y/o nietos con los que conviven, o de brindarles apoyo cuando se han emancipado. Hay evidencias de que la distribución inter-generacional de roles en el mercado de trabajo se ha alterado en nuestra sociedad, y los mayores son ahora los principales sustentadores. Si se considera que en la vejez la disponibilidad de ingresos generalmente tiende a disminuir, esta responsabilidad se convierte en una pesada carga que las lógicas del estado y el mercado colocan sobre las espaldas de los adultos mayores.

c) El trabajo doméstico no remunerado: la contribución invisible a la reproducción de la fuerza de trabajo familiar y a la acumulación de capital.

Los testimonios de los entrevistados, mujeres y hombres, entregan múltiples evidencias de que el concepto de “trabajo” no considera las tareas domésticas del hogar; reflejan también que se encomienda esta responsabilidad casi exclusivamente a las mujeres, también en la vejez. Gran parte de los adultos, en particular las mujeres, se sienten obligadas a realizarlas; otras ven en éstas un medio para sentirse útiles y activas; otras más, una forma de intercambio y reciprocidad con los demás miembros del hogar; todo esto contradice la idea de que los mayores que viven con otras personas dependen de ellas.

Al mismo tiempo, el hecho de que un porcentaje elevado de las mujeres mayores no consiga incorporarse en el mercado de trabajo no significa que “no trabaje”, pues sigue contribuyendo a la reproducción material de la familia mediante trabajo doméstico no remunerado; sin embargo, como también sucede con otros grupos de edad, esta actividad pocas veces se ve como trabajo, incluso por parte de las propias mujeres.

Esta enorme contribución de las mujeres adultas mayores –y una parte de los hombres– a la manutención de la familia, permite, a su vez, que otros miembros del hogar salgan a vender su fuerza de trabajo al sistema económico que acumula explotando directa e indirectamente a los trabajadores. Esta es una cuestión central que se encuentra invisibilizada y que requiere ser reconocida por los propios adultos mayores, dentro de su lucha por una pensión universal que asegure calidad de vida en la vejez.

d) Las formas de trabajo remunerado de los adultos mayores siguen un patrón de discriminación y segregación ocupacional.

A medida que las personas envejecen, se verifican cambios importantes en las formas de inserción laboral. El trabajo manual en la esfera productiva pierde importancia y cede el espacio a la ocupación en actividades terciarias, principalmente en el comercio, los servicios personales y, marginalmente, en los servicios sociales, públicos y privados, que es donde se concentran los que esperan mejores condiciones para jubilarse. En consecuencia, pierden importancia las ocupaciones que cuyo desempeño se demanda los conocimientos, habilidades y experiencias adquiridas por los mayores durante su vida laboral, dando lugar a un proceso de segregación laboral.

A medida que envejecen las personas, el empleo asalariado se reduce drásticamente, en particular para las mujeres. El punto de inflexión se inicia antes de los 60 años. Después, casi tres de cada 10 personas se ocupan como asalariados, por lo general aquellos que lograron estabilidad y esperan jubilarse de su trabajo actual. Ésta es una muestra de que la vejez es también una categoría social: el trabajador se desvaloriza a medida que las condiciones para la venta de su fuerza de trabajo son menos rentables para el capital. Como resultado de esto, el trabajo independiente o por cuenta propia pasa a constituir la forma dominante de ocupación. Los independientes lo son porque siguen una trayectoria laboral anterior, necesitan una forma de sobrevivir o, por último, como señalan algunos entrevistados, desean una posición que les permita tomar decisiones propias, así como combinar el uso de sus capacidades con el goce del tiempo libre, a salvo de las directrices y presiones de los empleadores.

La concentración de los adultos mayores en la esfera del trabajo por cuenta propia ya no es un rasgo característico de la ocupación de las mujeres, sino también de la de los hombres. Ambos grupos tienen que competir por los mismos espacios del mercado con otros grupos de trabajadores, muchas veces en desventaja; en particular cuando se trata de personas que fueron desplazadas de sus empleos asalariados por razones de edad.

Como en otros países de la región, el sector informal permite que ocho de cada diez adultos mayores sigan trabajando, con una brecha por género que hace que las limitadas oportunidades que existen para permanecer o ingresar en un nuevo empleo formal estén reservadas para los hombres y, entre éstos, casi exclusivamente para los que cuentan con niveles educativos superiores.

e) Condiciones laborales: la precariedad como norma.

La precariedad laboral caracteriza el funcionamiento del mercado de trabajo urbano. Si se considera como indicadores de la calidad del empleo la estabilidad laboral, los ingresos (con relación al costo de la canasta básica alimentaria) y la cobertura de la seguridad social, los adultos mayores se hallan expuestos a condiciones laborales más desventajosas que el resto de la población ocupada. Mientras el reducido grupo de asalariados tiene acceso a empleos precarios moderados y a empleos adecuados (cuando siguen en el empleo que tenían antes, con ingresos incrementados por antigüedad y aportando para su jubilación), el 90% de los que laboran como independientes tiene un trabajo precario extremo, básicamente debido a los bajos ingresos que obtienen y a su exclusión del sistema previsional.

Existen, además, otros indicadores que expresan las precarias condiciones de trabajo de los mayores; por un lado, la elevada presencia de éstos en actividades que se realizan en las vías públicas, mercados y obras de construcción; por otro lado, su exposición a largas jornadas de trabajo, como asalariados o independientes, generando ingresos para su subsistencia a expensas de su salud y su calidad de vida.

f) Ingresos, desigualdad y pobreza: el trabajo como fuente de bienestar y de vulnerabilidad social.

Independientemente del indicador con el que se vea, los mayores ganan menos que los ocupados en cualquier otro grupo de edad, aunque hay marcadas diferencias entre asalariados e independientes, y brechas a favor de los hombres en ambas categorías ocupacionales. El 75% de los asalariados obtienen ingresos que les permitirían cubrir todos sus gastos de subsistencia y otros gastos de sus hogares; en esta situación se encuentra solamente el 26% de los independientes. De estas evidencias se infiere que la Renta Dignidad cobra especial importancia para la subsistencia de la mayor parte de las personas que permanecen ocupadas.

A pesar de estas diferencias, la desigualdad de los ingresos laborales se atenúa en la vejez; sin embargo, la masa que queda en manos del 20% mejor remunerado todavía es seis veces superior a la que recibe el 20% más pobre, por el peso de los trabajadores por cuenta propia, cuyos ingresos tienden a igualarse en un nivel muy bajo. La mayor desigualdad se encuentra en el grupo de asalariados, donde el 20% más rico percibe una masa salarial 35 veces superior a la que obtiene el 20% más pobre.

Estudiando el nivel socioeconómico de los hogares se constata que la pobreza de los hogares con adultos mayores es más elevada que la del resto de los hogares, a diferencia de la tendencia encontrada en otros países de la región. Esto lleva a concluir que las personas mayores son más vulnerables a la situación de pobreza, lo que se debe a diferentes factores observados en este análisis: la baja extensión y calidad de las prestaciones previsionales, el limitado acceso de los adultos mayores a empleos y ocupaciones, y su concentración en actividades independientes que generan bajos ingresos y se realizan en condiciones laborales precarias. Así, en el actual contexto económico, y dado el desempeño de nuestro mercado laboral, la vejez es la etapa de la vida en la que se desciende con mayor facilidad a la pobreza.

Sin embargo, también es importante observar las diferencias dentro de la misma generación, pues un tercio de los hogares con adultos mayores posee una posición económica esperable (niveles medio alto y alto). Esto repite la proporción de hogares de estos niveles respecto a la población total. Más que a la edad, entonces, la heterogeneidad de condiciones responde a la reproducción de las desigualdades acumuladas a lo largo de la vida, que dotaron a los hogares menos vulnerables de bienes patrimoniales, educativos, de oportunidades para generar ingresos y, lo más importante, de ingresos por jubilación.

g) Redes familiares: los espacios de reciprocidad y el mito de la dependencia económica de los adultos mayores.

Como se ha podido constatar, la precariedad laboral, el desempleo, la disminución

o la falta de ingresos, la modificación de las actividades cotidianas luego de la jubilación, la pérdida de contactos sociales y la falta de espacios de participación social son la realidad que viven los hombres y las mujeres durante su vejez. Las formas de enfrentarla son diferentes según la posición socioeconómica y el género de las personas, pero tienen un denominador común: se enmarcan en la familia, la red más cercana de relaciones de solidaridad y reciprocidad.

Mientras la mayor parte de los adultos mayores viven en hogares inter-generacionales, en los relatos que hacen los entrevistados aparecen situaciones como las siguientes: i) cuando viven con los hijos no necesariamente pasan a ser dependientes económicamente de ellos; ii) en ausencia de ingresos propios, los intercambios están marcados por la reciprocidad: el trabajo no remunerado en las múltiples tareas del hogar cobra especial valor; iv) los adultos mayores que viven en hogares compuestos contribuyen casi siempre con la vivienda, el principal ahorro que han hecho a lo largo de su vida.

Por lo tanto, siguiendo las voces de los protagonistas, se puede concluir que las condiciones de vida en la vejez no sólo dependen de la inserción laboral o la capacidad de pago, sino también de las características de la red familiar con la que se cuenta. La información cuantitativa también entrega evidencias al respecto: la probabilidad de caer en la pobreza es mayor cuando los adultos mayores viven solos, disminuye un poco cuando viven en pareja sin hijos, y algo más cuando viven en hogares inter-generacionales. Dado que la mitad de los hogares de las principales ciudades del país se encuentra debajo de la línea de pobreza (INE, 2008), el riesgo de permanecer en esta situación durante

la edad adulta no desaparece, sino que sólo se atenúa con la convivencia familiar.

h) El escenario futuro: mayor desprotección social en la vejez.

Mientras el envejecimiento de la población avanza, el sistema de seguridad social no está diseñado para resolver los problemas de exclusión que se originan en el funcionamiento del mercado laboral, la creciente flexibilidad contractual y la desprotección social del trabajo independiente. Tampoco crea mecanismos compensatorios para atenuar los efectos de la persistencia de bajos salarios sobre la cuantía de las pensiones, más todavía cuando el sistema vigente sigue basado en un enfoque de capitalización individual, y se ha eliminado el aporte estatal y patronal durante 13 años. Su reposición, gracias a la reforma reciente, supone un aporte mínimo, exclusivamente destinado a mejorar las rentas de un reducido porcentaje de los jubilados con mayor densidad de aportes, mientras se sigue afectando el ingreso futuro de los trabajadores, pues se les impone mayores contribuciones o se usa sus ahorros previsionales.

Si sólo una parte muy reducida de la generación actual de adultos mayores –que inició y desarrolló parte de su vida laboral en el contexto del Estado de bienestar– logró acceder a la jubilación, el panorama es más sombrío para los trabajadores que pertenecen a la generación de transición y a las generaciones más jóvenes. La discontinuidad en el empleo, la baja densidad de cotizaciones de los asalariados y los bajos ingresos de los independientes, que limitan su ahorro voluntario, permiten presagiar una mayor desprotección social, excepto si se produce una reforma previsional basada en los principios de la seguridad social.

i) El trabajo remunerado como opción y la protección social en la vejez como desafío: una reflexión desde los sujetos.

Una de las cuestiones que es necesario dilucidar en la discusión que estamos efectuando es el sentido de la noción de trabajo digno, con relación a los adultos mayores. ¿Qué significa para ellos? ¿Asegurar condiciones laborales adecuadas a quienes ya trabajan? La respuesta es afirmativa. ¿Significa, incluso, promover el trabajo entre los adultos mayores? Esta pregunta fue trasladada a los propios sujetos, por medio de las entrevistas. “¿Es que los adultos mayores deben continuar trabajando?” Las respuestas fueron diversas, como diversa era la posición económica y social de los informantes. Para la mayoría de ellos, el trabajo es una necesidad, no sólo para asegurar la subsistencia propia, sino la de otros miembros del núcleo familiar. Para otros, que cuentan con recursos individuales o familiares, el trabajo sólo es una opción.

Se puede concluir, entonces, que la solución que se impone es, por un lado, la defensa del derecho de los mayores al trabajo en condiciones adecuadas; y por el otro, la defensa del derecho al trabajo de los más jóvenes, tomando en cuenta la reciprocidad que hemos observado en este análisis, y recordando que el problema de la subsistencia generalmente se resuelve en el seno familiar.

No obstante, este planteamiento sería incompleto y reproduciría la lógica de trasladar la responsabilidad de la reproducción de los adultos mayores a éstos mismos, si no se recupera otra idea que los entrevistados plantearon al hablar de reciprocidad: El trabajo doméstico no remunerado que realizan asegura la reproducción de la fuerza de trabajo y facilita su incorporación a la actividad económica; por esta vía, los mayores

contribuyen significativamente al proceso de acumulación de capital. Si esto es así, el desafío es asegurar el bienestar de los adultos mayores, que en su mayoría están excluidos de la jubilación, con una protección social universal, capaz de garantizar el pleno ejercicio de los derechos humanos en la vejez. Una protección que convierta el trabajo tardío sólo en una opción para quienes deseen tomarla.

A partir de ahora, una política integral de protección social, función indelegable del Estado, puede contribuir a anticipar y modificar los efectos de un sistema laboral excluyente (y por ello con tendencia a la distribución regresiva), en una sociedad que tiende a envejecer. Considerando el aporte de los adultos mayores a la reproducción de la fuerza de trabajo y a la acumulación de capital, los recursos para financiar esta política debería provenir de los impuestos a la riqueza, es decir, de los excedentes que se generan en el proceso social de producción, gracias al esfuerzo de todos los trabajadores, tanto en la esfera del mercado como en la esfera doméstica. Al mismo

tiempo, debe contarse con la participación de las personas mayores, en alianza con las organizaciones laborales y sociales, para construir políticas e instituciones capaces de gestionar una distribución social e intergeneracional de recursos más equitativa.

En este documento se ha realizado una aproximación a la situación de los adultos mayores en el mundo del trabajo urbano, utilizando los indicadores disponibles y recogiendo sus opiniones. Uno de los hallazgos principales es la medición de su importante contribución a la reproducción de la fuerza de trabajo familiar, con trabajo remunerado, no remunerado, y con los frutos de su trabajo pasado (jubilaciones, patrimonio). También el papel que desempeñan en el seno de familias socialmente diferenciadas cuando no trabajan ni están jubilados. Dado que por lo general las personas mayores continúan viviendo en pareja, con sus hijos y nietos (en sus propios hogares o en los hogares de los hijos), los nuevos estudios sobre el aporte socioeconómico de los adultos mayores deben trabajarse considerando el hogar como unidad de análisis.

Bibliografía

Autoridad de Fiscalización y Control Social de Pensiones-AP (2010). *Resumen estadístico* (AP: La Paz).

Aranibar, Paula (2001). *Acercamiento conceptual a la situación del adulto mayor en América Latina*, serie Población y Desarrollo No 21 (CEPAL: Santiago de Chile)

Bertranou, Fabio (2005). *Envejecimiento y sistemas de protección social. Reunión de gobiernos y expertos sobre envejecimiento de países de América del Sur. Avances en el cumplimiento del Plan Internacional de Madrid sobre el Envejecimiento. Argentina, 14 al 16 de noviembre* (CEPAL: Santiago de Chile).

Bertranou, F. y A. Sánchez (2005). *Tendencias e indicadores de empleo y protección social de adultos mayores en América Latina* (OIT: Ginebra).

Bertranou, Fabio (2006). *Envejecimiento, empleo y protección social en América Latina* (OIT: Santiago de Chile).

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (2000). *Panorama social de América Latina 1999-2000* (CEPAL: Santiago de Chile).

Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía y Comisión Económica para América Latina y el Caribe (2002). *Los adultos mayores en América Latina y el Caribe. Datos e indicadores* (CELADE-CEPAL: Santiago de Chile).

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (2003). *Las personas mayores en América Latina y el Caribe: Diagnóstico sobre la situación y políticas* (CEPAL: Santiago de Chile).

Centro de Estudios para el Desarrollo Laboral y Agrario (2010). *Encuesta Urbana de Empleo- ECEDLA*. Base de datos (CEDLA: La Paz).

Centro de estudios para el Desarrollo Laboral y Agrario (2011). "Notas de prensa": www.cedla.org.

Escóbar, Silvia (2003) "Trabajo y género en Bolivia, 1992-2001" en *Inequidades, pobreza y mercado de trabajo: Bolivia y Perú*. (OIT, Berger, ed.: Lima)

Escóbar, Silvia (2009). *Situación del empleo en tiempos de cambio* (CEDLA: La Paz)

Escóbar, Silvia y Rojas, Bruno (2010) "¿No hay derecho!" *Situación de los derechos laborales en Bolivia*, 2009 (CEDLA: La Paz)

Instituto Nacional de Estadística (2001). *Encuesta sobre mejoramiento de condiciones de vida*. Base de datos (INE: La Paz)

Instituto Nacional de Estadística (2009). *Mujeres y hombres de Bolivia en cifras* (INE: La Paz)

Lépure, Silvia y Salvia, Agustín (2002). *Segmentación socio-ocupacional y precariedad del bienestar en los hogares*. (Departamento de Investigación Institucional-UCA: Buenos Aires).

Organización Iberoamericana de Seguridad Social (2008). *Personas mayores, dependencia y servicios sociales: Situación, necesidades y demandas de las personas mayores en Bolivia, Colombia, Costa Rica, Ecuador y México* (OISS: Montevideo)

Rodríguez, Pilar (1995), "Investigación-Acción participativa como estímulo a la participación de las personas mayores", en *Voluntariado y personas mayores* (IMSERSO: Madrid).

Pérez Ortiz, Lourdes (1997), *Las necesidades de las personas mayores. Vejez, economía y sociedad* (IMSERSO: Madrid, España)

Unidad de Análisis de Políticas Económicas y Sociales (2010). *Indicadores de pobreza en Bolivia* (UDAPE-PNUD: La Paz)

Wolf, S. (1989). *Los pobres en la Europa moderna* (Editorial Crítica: Barcelona)

***Los derechos de las
personas mayores***

son derechos humanos

HelpAge apoya a las personas mayores a exigir sus derechos, enfrentar la discriminación y superar la pobreza, de modo que puedan llevar vidas dignas, seguras, sanas y activas.

HelpAge International

Calle Vincenti N° 576, Sopocachi

La Paz, Bolivia

Casilla postal 2217

Telf. (591-2) 2416830 / 2410957

helpagebolivia@helpagela.org

www.helpagela.org

Con el apoyo de:

